BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

LA RATA

clark carrados



La diferencia de edades estaba marcada por las distintas clases de tabaco que usaban los dos hombres.

El inspector Carrigan, cincuentón, obeso, con aspecto de *bon vivant*, fumaba una vieja cachimba de espuma de mar. El agente especial Sharey, de la
F. B. I.,
alto, atlético, cabello rubio y corto, fumaba cigarrillos.

Carrigan estaba sentado en una silla, junto a una reja de alambre, con aspecto plácido. Sharey se paseaba nerviosamente por la estancia.

—¿Cree que accederá, inspector? —Se detuvo y preguntó por enésima vez.

Carrigan se encogió de hombros.



Clark Carrados

La rata

Bolsilibros - Servicio Secreto - 768

ePub r1.0
LDS 10.11.17

Título original: *La rata*
Clark Carrados, 1965
Cubierta: Jorge Nuñez
Ilustración interior: Costa
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





CLARK CARRADOS

«LA RATA»

Colección SERVICIO SECRETO
n.º 768 Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La diferencia de edades estaba marcada por las distintas clases de tabaco que usaban los dos hombres.

El inspector Carrigan, cincuentón, obeso, con aspecto de *bon vivant*, fumaba una vieja cachimba de espuma de mar. El agente especial Sharey, de la

F. B. I.,

alto, atlético, cabello rubio y corto, fumaba cigarrillos.

Carrigan estaba sentado en una silla, junto a una reja de alambre, con aspecto plácido. Sharey se paseaba nerviosamente por la estancia.

—¿Cree que accederá, inspector? —Se detuvo y preguntó por enésima vez.

Carrigan se encogió de hombros.

—«La Rata» no nos tiene ninguna simpatía a los hombres de la Ley —contestó evasivamente.

—Podía haber buscado usted a otra persona más adecuada para esta encomienda —refunfuñó Sharey.

—Con más tiempo, tal vez. Usted y sus superiores, sin embargo, me apremiaron demasiado para que pudiera hallar a otra persona, al menos, en el plazo tan perentorio que nos fijaban.

Sharey dio dos vueltas más por la estancia.

—¡Dios mío! ¡Qué vergüenza para el departamento! —masculló.

Carrigan sonrió comprensivamente.

—No hay ninguna vergüenza en utilizar sus servicios, agente —dijo—. No me dirá que la F. B. I, no ha empleado jamás el concurso de ningún criminal. ¿Qué sería de la policía, de todas las policías del mundo, si no utilizasen confidentes?

—Sí, pero… ¿Accederá, inspector?

Carrigan tornó a encogerse de hombros.

—La recompensa que se le ofrece es muy buena —eludió una respuesta concreta.

—Pero usted ha dicho que nos odia —alegó el agente especial.

—Lo mismo que Rico Ricci, Sharey.

—¿Es que tiene que ver algo con ese bastardo?

—Tendrá que ver, si acepta, claro está. Pero no con anterioridad a esto. Eran, son tan dispares en sus métodos y procedimientos como un agricultor etrusco y otro de Kansas.

—Deje en paz ahora a la agricultura —refunfuñó el federal—. ¡Tener que recurrir a «La Rata»! —Elevó los brazos al cielo, como poniéndolo por testigo de su ignominia. De pronto, ilógicamente, inquirió—: ¿Es muy guapa?

Una puerta se abrió en el otro lado de la estancia y la figura de una celadora de la cárcel de mujeres de Corona, Estado de California, se recortó contra el umbral.

—Pueden pasar, caballeros.

Sharey se encaminó a la puerta, con la impetuosidad de sus pocos años. Carrigan lanzó un suspiro y efectuó un rudo esfuerzo, a fin de enderezar su pesada humanidad. Luego se dirigió a la otra habitación.

Además de la celadora, había una mujer joven y hermosa, que vestía el uniforme gris de las reclusas, el cual no bastaba, sin embargo, a ocultar las flexibles y armoniosas líneas de su cuerpo. Era alta, más de lo común, el pelo negrísimo y ojos muy oscuros, enormes, rasgados, los cuales destacaban en un rostro ovalado, de pómulos ligeramente angulosos, que aumentaban el atractivo que se desprendía de sus facciones. No llegaría al cuarto de siglo su edad y, al verla, el agente especial Sharey recibió la respuesta a la pregunta que acababa de formular en el cuarto contiguo al locutorio.

—Hola, «Rata» —saludó el inspector—. Éste es el agente especial Galton Sharey, de la
F. B. I.

—¿Cómo está, señorita Jean? —saludó el federal.

La joven le dirigió una mirada inquisitiva.

—Viendo a dos polizontes, enferma —contestó bruscamente, sin rodeos—. ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me han hecho abandonar mi clase de gimnasia?

—Hombre —exclamó el inspector Carrigan, sin perder su flema —, no sabía que te dedicases a dar gimnasia. ¿A las funcionarias?

—No. A las reclusas. Me lo pidieron… y es un buen medio para conservar la forma física —contestó la joven—. Y no me llame más «Rata» o daré por cancelada la entrevista. Mi nombre completo es Maisie Jean; usted debe conocerlo bien, sobre todo, si recordamos que me envió a Corona para ocho años.

—Has cumplido dos y medio, y te quedan cinco y medio, Maisie —contestó Carrigan—. ¿Te gustaría que te los perdonasen?

La reclusa le dirigió una oscura mirada.

—Nunca debieron haberme condenado —manifestó.

—Las joyas de la señora Van Tharen…

—No las robé yo —atajó Maisie secamente—. Admito que las apariencias estaban en contra mía, pero no fui yo la autora de ese robo. Usted sabe bien quién y por qué lo hizo.

—Sí, tú siempre dijiste que había sido Jock Hays, pero eso no se pudo probar.

—Hays me formuló cierta proposición. No sólo se la rechacé verbalmente, sino que le propiné una paliza algo más que regular. Juró vengarse y… —se señaló la gris bata carcelaria—, ¡éste es el resultado!

—Está bien, está bien, Maisie —dijo Carrigan, en tono conciliador—. Yo no hice otra cosa que llevar las pruebas hasta el tribunal…

—¡Pruebas que fueron fraguadas por Hays!

El inspector perdió su sonrisa bonachona.

—Es posible —convino secamente—. En todo caso, estás pagando oíros robos similares que cometiste con anterioridad, Maisie. A los dieciséis años eras una de las mejores trapecistas de circo. A los dieciocho, firmaste un fabuloso contrato con *Ringling Bros*. ¿Por qué mil diablos tuviste que meterte a ladrona?

Ella se encogió de hombros.

—Ni yo misma lo sé. Resultaba una aventura excitante cada golpe que daba.

—Eso tuvo que ser, porque, provecho, lo que se dice provecho, no sacaste demasiado de tus robos, ¿no es cierto?

Los ojos de la reclusa fulguraron.

—Deje en paz mi vida privada de una vez, inspector.

—Andy Seagham te empujó a robar. Se aprovechaba del producto de tus golpes y, ¿qué has obtenido tú, a cambio? Ocho años en Corona, Maisie, y el descrédito entre los de tú profesión, me refiero a la honrada, no a la que adoptaste al abandonar el *Ringling.*

—Está bien, inspector —dijo ella, impaciente—. Hable de una vez y dígame de qué demonios se trata.

—El agente Sharey tiene la palabra —contestó Carrigan, señalando a su acompañante.

Sharey había asistido silenciosamente al agrio diálogo que se había desarrollado entre la reclusa y el policía.

—Gracias, inspector —contestó—. Señorita Jean, ¿conoce usted en San Francisco los «Apartamientos Mesita»?

—Tiene que conocerlos —comentó Carrigan con una risita—. Una vez se llevó de allí treinta mil dólares en joyas.

Maisie le dirigió una mirada furiosa.

—¿Por qué me hace esa pregunta, agente? —quiso saber.

—Rico Ricci habita un apartamiento en el piso duodécimo. Dentro de cuatro días estará ausente toda la tarde y toda la noche…, por lo menos, la mayor parte de la noche. Nosotros alquilaremos para usted un apartamiento del piso decimocuarto, situado justamente encima del de Ricci. Queremos que se descuelgue por la ventana, entre en el piso y se apodere de unos libres…, digamos de cuentas, que Ricci tiene guardados en una de sus habitaciones. Si lo consigue, el gobernador del Estado le condonará los cinco años y medio que le quedan por cumplir.

Maisie le miró fijamente durante unos segundos.

—No me fío —dijo.

—Tienes mi palabra, chiquilla —intervino Carrigan.

—Usted es menos de fiar aún que este idiota de federal. ¿Cómo puedo saber yo que no me volverán a encerrar en Corona, una vez les haya entregado los libros?

Carrigan suspiró. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un documento, que tendió a la muchacha.

—Me imaginaba que dirías algo por el estilo y, en consecuencia, me previne para darte la respuesta adecuada. Léelo.

Maisie obedeció. Era el documento de perdón.

—Pero tiene la fecha para dentro de cuatro días —alegó.

Carrigan recobró el documento.

—Es la fecha en que te será entregado, cuando te hayas apoderado de los libros de Ricci. Los libros a cambio del perdón, Maisie.

Ella guardó silencio durante unos segundos.

—No veo qué diablos tienen que ver los federales con ese granuja —contestó al cabo.

—Deje que nosotros nos preocupemos de esa parte, señorita Jean —manifestó Sharey—. ¿Acepta o no?

Maisie reflexionó unos instantes.

—Si Ricci no va a estar en su apartamiento, ¿por qué demonios quieren que yo me descuelgue desde el piso decimocuarto? ¿Es que acaso les faltan medios de abrir esa puerta con una simple ganzúa?

Carrigan suspiró.

—Parece mentira que hables así, conociendo a Ricci —dijo—. Hizo blindar la puerta de entrada a su piso, y se necesitaría un tanque pesado para abrirla a la fuerza. Correríamos el riesgo de ser sorprendidos y como, oficialmente, no tenemos nada contra él, nos es imposible pedir un mandamiento judicial para registrar su apartamiento. La ventana es el único camino.

—A pesar de todo, Ricci no va a ser tan tonto como para tener los libros encima de una mesa. Estarán guardados en una caja de caudales —supuso la reclusa.

—Acertó usted, señorita Jean —habló Sharey—. La caja está detrás de un cuadro que representa una reunión de vaqueros alrededor de la fogata.

—Pero yo no sé abrir cajas de caudales. No lo he hecho en mi vida. Una cosa es utilizar ganzúas para abrir puertas corrientes o diamantes para cortar los vidrios, y otra es andar soltando cargas de dinamita para reventar un cofre fuerte.

—Nosotros le enseñaremos cómo se hace —aseguró el federal—. Empleará explosivo plástico, en la cantidad exacta, y hará muy poco ruido, se lo prometo. Tenemos una caja idéntica a la de Ricci para que pueda hacer prácticas en los días que faltan.

—No olvidan detalle —comentó Maisie, admirada—. ¿Cómo han podido saber tantas cosas?

—Nos lo dijo un pajarito —respondió Carrigan, maliciosamente.

Maisie se encogió de hombros.

—No me importa. Al fin y al cabo, eso es cosa suya.

—Bien, ¿qué nos contesta, señorita Jean? —preguntó el federal, impaciente.

La reclusa meditó unos segundos.

—Voy a cubrirme contra una posible jugarreta por parte de ustedes dos —respondió al cabo—. ¿Cómo pensaba hacer usted el trueque, inspector?

—Esperándote en el apartamiento que habremos alquilado para ti —manifestó Carrigan.

—Nada de eso —prohibió ella, vivamente—. Quiero actuar sola, completamente sola; no tengo ganas de que conozcan mis procedimientos.

Carrigan la amenazó con el dedo índice.

—Te advierto que el perdón no servirá de nada, si vuelves a robar —advirtió en tono por primera vez irritado—. Volverás a Corona, y…

—Mañana por la mañana —atajó ella, tranquilamente—, usted echará al correo un sobre dirigido a mi nombre y a la Lista de Correos de Santa Cruz. En ese sobre irá el perdón, acompañado de dos mil sustanciosos dólares, ya que no tengo un solo centavo. Yo depositaré allí el paquete con los libros, pero sólo cuando haya comprobado el contenido del sobre, ¿estamos? Si no aceptan estas condiciones, díganmelo pronto, por favor; las alumnas de mi segundo turno de gimnasia me están esperando.

Carrigan y Sharey se consultaron con la mirada.

—Maisie —dijo, al cabo, el primero—, tienes la moral de un caimán y los sentimientos de un bacilo del cólera.

—Olvidó mencionar las náuseas que siento cada vez que estoy a menos de dos metros de distancia de un polizonte —declaró ella con desparpajo—. ¿Libros o gimnasia?

—¡Maldita sea! —barbotó Sharey, exasperado—. ¡Los libros! ¡Los libros a cualquier precio!

Maisie sonrió ampliamente. Su rostro adquirió una expresión encantadora.

—Se me están pasando las náuseas —dijo.

CAPÍTULO II

Fred Barrows, profesor de química, comprobó una vez más los cálculos que había hecho. Sus labios se movían, como si musitara una oración, pero no rezaba; simplemente, citaba números y letras en una letanía interminable.

—Tiene que resultar, tiene que resultar —repitió una y otra vez.

Por su aspecto, nadie hubiera dicho que era un aventajado científico. Medía casi un metro noventa, tenía unos hombros anchísimos, y sus cabellos castaños y los ojos azules, le conferían una expresión aniñada, que le hacía parecer mucho más joven de lo que era en realidad, dándole una apariencia de veinticuatro o veinticinco años, en lugar de los treinta y uno que contaba.

Sonrió, satisfecho, al terminar los cálculos, y se puso en pie. A pocos pasos de distancia, tenía una pequeña mesa de laboratorio, con unos cuantos instrumentos, entre los que figuraba una balanza de precisión, un microscopio, probetas, retortas y varios frascos de vidrio con distintas sustancias químicas. Acercándose a la mesa, empezó a medir y a pesar fracciones de dichas sustancias, arrojando el resultado de cada pesada a una retorta situada sobre un infiernillo de alcohol, que ardía continuamente.

Canturreaba entre clientes mientras trabajaba. Pero la letra era propia, no pertenecía a la música que brotaba de sus labios.

—Si no… acierto… esta vez… es que estoy pez…

De pronto, al levantar la vista un momento para fijarla en la balanza de precisión, creyó ver una silueta humana al otro lado de la ventana. La silueta desapareció casi al instante.

El profesor Barrows meneó la cabeza.

—He trabajado en los últimos tiempos demasiado —comentó para sí—. ¡Pues no me ha parecido ver a una mujer que se

descolgaba por la ventana! ¿Y si era una bruja montada en su escoba?

Se echó a reír. Estaba contento. Pronto tendría el resultado práctico de su trabajo. Entonces…

* * *

El hombre estaba sentado en un cómodo sillón, fumando un cigarrillo con aire de entera satisfacción. Al lado tenía un vaso alto lleno de licor y cubitos de hielo.

Ricci se iba a llevar una gran sorpresa cuando regresara y le viese instalado en su apartamiento, que el «gángster» había creído infranqueable. ¿Cómo había podido pensar aquel estúpido una cosa semejante? No había puerta que se resistiese a su habilidad.

Exteriormente, la puerta del apartamiento de Ricci era igual a todas. Pero tenía un blindaje especial, únicamente conocida del propio Rico y de sus dos más íntimos, Canillo y Sangani, sus fieles guardaespaldas. Ricci tenía muchos enemigos y quería prevenirse contra una posible irrupción en su piso. ¡Idiota, mil veces idiota! ¿Era que no se le había ocurrido pensar en una posibilidad como la que él había puesto en práctica?

No lo hacía por intimidarle, sino por pura presunción, para que Ricci supiera quién era él, cuando quería desplegar todas sus habilidades. Rico tenía necesidad de un sujeto así en su banda, pero ¡ah!, nada de órdenes a diestro y siniestro. Los dos a medias, los dos jefes en igualdad de condiciones o, de lo contrario, él se organizaría su propia pandilla.

No obstante, le convenía más aliarse con Ricci, a fin de evitar tiempo y trabajo en la organización de un nuevo «gang». Ricci ya lo tenía todo hecho, así que no cabía esforzarse más, excepto en convencerle de que le aceptase como colega. Y le aceptaría, cuando viese la habilidad que había desplegado, burlándose del blindaje y de la combinación de la cerradura.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero cercano y tomó el vaso con el licor. Un largo trago hizo aumentar su optimismo. Juntos él y Ricci, ¡la de cosas que podían hacer! ¡Se iban a ferrar!

Estaba tan absorto en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que alguien penetraba en la estancia, pisando sigilosamente. Por

otra parte, no habría podido oír los pasos del intruso, amortiguados por la espesa alfombra que cubría el pavimento.

El recién llegado alcanzó el sillón por detrás. De pronto, su mano izquierda se disparó, tapando la boca del otro con fuerza irresistible. En la derecha brillaba un aguzado puñal.

El brazo derecho se movió una, dos, tres veces con relampagueantes movimientos. El cuerpo del hombre que esperaba, se estremeció brutalmente a cada puñalada que recibía. A la tercera, se relajó y quedó inmóvil.

El asesino quitó la mano de la boca de su víctima. Tranquilamente, sin mostrar la menor emoción, limpió la sangre del puñal en las propias ropas del muerto, guardándolo a continuación en el bolsillo de su impermeable oscuro. Luego, giró sobre sus talones y salió en silencio, cerrando suavemente la puerta que daba al corredor externo. Momentos después, entraba en el ascensor y desaparecía de aquel lugar, sin haber sido visto por nadie.

* * *

Maisie Jean terminó de vestirse la ajustada malla negra de una sola pieza, que tan bien moldeaba las escultóricas líneas de su cuerpo. Un casquete de seda negro sujetó y ocultó su frondosa cabellera.

A continuación se ciñó en torno al esbelto talle un amplio cinturón de cuero negro, con algunas anillas de hierro, de una de las cuales prendió las asas de una bolsa de tela fuerte, también de color negro, que contenía los instrumentos que pensaba utilizar. Inmediatamente, comprobó la solidez de la cuerda de nylon que caía por fuera del antepecho de la ventana, la cual estaba provista de algunos nudos, a fin de facilitar los movimientos en ambos sentidos de ascenso y descenso.

Los federales habían instalado en el cuarto una sólida argolla, empotrada en el muro, con el fin de sujetar el otro extremo de la cuerda. Maisie pegó un par de fuertes tirones; la cuerda resistió.

Se acercó a la ventana e hizo un par de flexiones con los brazos. Se felicitó por no haber interrumpido, salvo las primeras semanas de encierro, la práctica de ejercicios gimnásticos. Merced a ello, se sentía fuerte y ágil como en el momento de ser arrestada por el

inspector Carrigan.

Ajustóse los guantes de piel negra y agarró la cuerda. Pasó ambas piernas sucesivamente por el antepecho de la ventana y empezó a deslizarse hacia abajo.

Alcanzó el piso decimotercero. Frunció el ceño al ver iluminada una de las ventanas, precisamente la misma por donde tenía que pasar. Cruzó rápidamente, no obstante lo cual, pudo ver un pequeño laboratorio de química y a un joven que trabajaba en él con ahínco. Le pareció que el científico había mirado hacia la ventana en aquel momento, pero inmediatamente pasó por debajo del antepecho y la visión desapareció de sus retinas.

Momentos después, había alcanzado la ventana del piso duodécimo. Entonces, sujetó la cuerda al cinturón que rodeaba su talle, por medio de un par de sólidos mosquetones de acero, que enganchaban en otras tantas anillas. Su busto quedaba a la altura del alféizar.

La fachada era posterior y daba a un paraje desierto de la ciudad. La casa estaba situada en una de las colinas que rodean a la ciudad de San Francisco, y desde allí se divisaba un espléndido panorama. Aún era más hermoso desde la fachada delantera, con la vista de la Puerta de Oro y el puente colgante, y los millones de luces de una población en pleno florecimiento. En aquellos instantes, sin embargo, el paisaje no interesaba en absoluto a la muchacha; tenía presente, sobre todo, que desde el punto en que se hallaba hasta el suelo, había un espacio de más de cuarenta metros de altura.

Libres las manos, sacó de la bolsa un diamante de vidriero y trazó un círculo en el cristal. A continuación, extrajo una gran ventosa de goma, dotada de una pequeña bomba extractora de aire, que aplicó inmediatamente al vidrio.

La F. B. I, sabía hacer bien las cosas, era preciso reconocerlo. Un seco tirón y el círculo de vidrio quedó desgajado del resto de la ventana.

Alargó una mano y la pasó a través del hueco, estirando el brazo todo lo que pudo. El círculo de cristal cayó al otro lado, rompiéndose en varios trozos. El ruido, sin embargo, no fue muy fuerte. Habría hecho mucho más, de haberlo dejado caer desde cuarenta metros al suelo de la colina.

Dobló los brazos, izándose a pulso, hasta que sus pies quedaron a nivel del orificio practicado. Las ventanas no se abrían jamás, eran del tipo impracticable, debido a la climatización interna del edificio; por dicha razón, no había podido emplear una falleba inexistente.

Pasó el cuerpo. Sus piernas tocaron el suelo. Entonces soltó la cuerda del cinturón y se enderezó.

Sacó de la bien provista bolsa una minúscula linternilla, que encendió de inmediato. Vio a su derecha el cordón de las cortinas y tiró de él, la oscuridad quedó disipada en el acto.

Inmediatamente, buscó el interruptor de la luz. Estaba en un dormitorio relativamente modesto para el lujo del apartamiento. Dedujo, por las dos camas que había allí, que era el perteneciente a los dos gorilas más fieles de Ricci, Canillo y Sangani.

Abrió la puerta. Sus zapatillas de goma evitaban iodo ruido.

Pasó a la estancia contigua. Era el salón donde, según los informes recibidos, tenía Ricci su caja fuerte. Encendió una lámpara de pie cercana. La oscuridad quedó disipara en el acto.

Entonces vio al hombre muerto.

Un terrible estremecimiento sacudió su cuerpo.

—¡Dios mío! —exclamó, palideciendo intensamente.

Por un momento, se sintió asaltada por un tremendo pánico. El temor que sufría era debido a que conocía al muerto.

—Jock Hays —musitó.

El rostro de Hays estaba deformado por el horror que había sentido en sus últimos instantes. Ella también percibía un horror análogo.

Carrigan conocía su animadversión hacia Hays. En cuanto hallase su cadáver, la acusaría de haberlo matado. Con los antecedentes que tenía, el resultado del juicio no podría ser más que uno.

Varios meses de encierro en Corona y luego, una fría mañana, el traslado a San Quintín, para ser introducida en la cámara de gas.

Era una mujer de rápida recuperación, sin embargo. Su agitada vida le había conferido una experiencia mucho mayor que la común en las de su edad. En pocos instantes adoptó una decisión.

Ignoraba quién había asesinado a Hays; ni siquiera creía que el crimen hubiera sido cometido para achacárselo a ella. Asimismo

ignoraba las razones por las cuales Jock estaba en el apartamiento de Rico Ricci; esto era lo menos importante en aquellos momentos.

Cruzó la habitación como un relámpago y alcanzó la puerta blindada, hallando que estaba forzada, pero no destruida la cerradura. Hays había sido un experto en tal clase de trabajos; sin embargo, subirse a una silla ya le causaba vértigos. No le cupo la menor duda la forma en que Hays se las había arreglado para penetrar en el apartamiento de Ricci.

La puerta blindada disponía, además, de un cerrojo de seguridad interno. Lo echó y regresó al centro del salón, disponiéndose a comenzar su trabajo.

CAPÍTULO III

Lo primero que hizo fue buscar una manta en uno de los dormitorios vecinos. A continuación, se arrodilló en el suelo y extrajo un objeto, envuelto en un papel aceitado, que desenvolvió cuidadosamente.

Buscó el cuadro con la escena del campamento vaquero y lo hizo girar sobre sus goznes. La caja fuerte quedó al descubierto.

Aplicó la masilla explosiva sobre una parte de la ranura, correspondiente al lugar en que encajaban los pestillos de la cerradura, oprimiendo cuidadosamente con los dedos, para dejarla bien sujeta. Luego, con un lápiz que figuraba también en el equipo de la bolsa, practicó un diminuto orificio en el explosivo plástico, de unos cinco centímetros de profundidad.

Insertó el fulminante en el orificio y acopló la mecha, un trozo de unos veinticinco centímetros de longitud.

La bolsa contenía todo lo necesario. Extrajo un diminuto martillo y un puñado de puntas, con ayuda de las cuales clavó la manta a la pared, habiéndola doblado previamente en dos pliegues. La manta quedó cubriendo por completo la caja de caudales.

Recogió todas las herramientas y las guardó en la bolsa. Sacó un encendedor y levantó una punta de la manta con la mano izquierda. Con la derecha oprimió el resorte, saltó la chispa, y la mecha del encendedor se inflamó en e[1] acto.

Arrimó la llamita al cabo de la otra mecha. Ésta siseó inmediatamente. Esperó a que estuviese bien prendida, y entonces, dejando caer la manta de nuevo, retrocedió hasta el centro de la pieza.

Recogió la bolsa y corrió hasta el dormitorio más alejado, cuya puerta cerró inmediatamente, situándose en el extremo opuesto,

agachada tras una de las camas.

Un par de minutos más tarde, sonó la explosión. Fue un ruido apagado, de no demasiado volumen, como si alguien hubiese golpeado una gran bolsa de papel a medio inflar. Se incorporó y salió de nuevo a la estancia contigua.

Corrió hacia la caja de caudales y arrancó la manta de un tirón, agitándola varias veces, hasta conseguir disipar el humo causado por la deflagración del explosivo. La atmósfera se aclaró casi de inmediato.

Sonrió, satisfecha. Las enseñanzas recibidas, en los días precedentes, de los agentes federales, habían dado su resultado. El cálculo de la cantidad de explosivo a emplear había resultado exacto.

Abrió la caja. La cerradura estaba destrozada.

En uno de los estantes divisó una serie de libros de cuentas, que tomó de inmediato, echándolos en la bolsa, que ya tenía colgada del cinturón. De pronto, cuando ya se disponía a marcharse, divisó en otro de los estantes, entre medio de unos cuantos fajos de billetes, una caja de terciopelo rojo.

La caja parecía como de cigarros, pero era bastante mayor. Intrigada, la tomó y levantó la tapa.

Una exclamación ahogada brotó de sus labios al instante. Sus ojos despidieron destellos de cólera.

—De modo que habían venido a parar aquí —dijo rabiosamente.

Permaneció unos momentos indecisa. Luego, resolviéndose, cerró la caja, sujetó la presilla y la guardó en la bolsa.

Antes de abandonar la habitación, dirigió una mirada hacia el cadáver.

—Lo siento, Jock —dijo, como si el muerto pudiera escucharle—. No te tenía ninguna simpatía y, de haber vuelto a verte, me habría contentado con darte otra buena paliza. ¡Ojalá atrapen al que te liquidó!

Y después de aquellas palabras, se dirigió hacia la ventana.

Ahora, con más comodidad, terminó de ensanchar el agujero en el cristal. Una vez lo hubo conseguido, enganchó la cuerda al cinturón y salió a través de la ventana.

* * *

El profesor Barrows terminó de pesar la última dosis. Consistía en unos gramos de un polvo blanco gris, que estaba sobre un papelito. Miró el fiel de la balanza y halló que había encontrado la medida exacta.

Por medio de unas pinzas de regular longitud, tomó el cuello de la retorta y la sacó del fuego, colocándola sobre una silla, a tres pasos de la ventana. Acto seguido, vertió el contenido del papelito sobre el líquido que humeaba en el recipiente y corrió a esconderse tras un sillón de espeso respaldo.

Lo hacía por precaución, naturalmente. No creía que la mezcla resultase explosiva…

¡*BOOM*!

El sillón cayó sobre él, derribándole al suelo. Se oyó un estallido de vidrios y un agudo grito femenino.

Barrows asomó la cabeza por debajo del sillón. Una espesa humareda blanca le ocultaba la visión de la ventana. De pronto, una forma humana atravesó el humo y fue a caer rodando en el interior de la habitación.

El joven se quedó con la boca abierta.

—No habré inventado una mujer con traje de rata de hotel —exclamó, estupefacto, al ver a la joven en el suelo, a pocos pasos de distancia.

* * *

Maisie Jean trepaba por la cuerda, suspendida en el vacío, cuando de súbito, al pasar frente a la ventana del piso decimotercero, oyó un fuerte ruido.

Los cristales volaron por el aire. Una ráfaga de viento y humo la alcanzó de lleno, haciéndola apartarse unos metros de su línea vertical, a la vez que la obligaba a girar sobre sí misma como un trompo.

El natural movimiento de contragolpe pendular la arrojó sobre la ventana. Lanzó un grito instintivo en el momento de franquear el hueco. Entonces, la cuerda tropezó con el filo de un trozo de vidrio que aún quedaba sujeto al marco y se cortó.

Maisie cayó al suelo y rodó un par de veces sobre sí misma. Su experiencia le hizo evitar mayores daños.

Se sentó, mirando furiosamente al que suponía autor del estropicio.

—Pero ¿qué diablos ha hecho usted? —exclamó, sumamente enojada.

Fred Barrows estaba de rodillas, a dos pasos de ella, mirándola con la boca abierta de par en par.

—Estoy tratando de descubrir un aditivo oxigenante para carburantes —manifestó—, aunque nunca pude suponer que saliera de mis experimentos una mujer tan hermosa. —Reparó en la bolsa que Maisie llevaba pendiente del costado—. ¿Se dio bien el botín? —preguntó en tono de buen humor.

—¡Qué botín ni qué…!

Maisie se interrumpió, de pronto. Sus planes habían variado después de encontrar el cuerpo de Jock Hays en el piso.

—Pertenezco a la
F. B. I.
—declaró enfáticamente—. Usted ya sabe que los federales, a veces, empleamos ciertos procedimientos para conseguir nuestros objetivos.

—Sí, eso he oído decir —convino el joven—. Aunque no había visto nunca a un federal tan bien formado como usted.

—Déjese ahora de elogios. —Maisie se puso en pie—. Tengo necesidad de sus servicios para esconderme. La explosión de su laboratorio me hizo entrar aquí sin querer.

—¿Y…?

—Me están persiguiendo. No les asusta la
F. B. I.
Son terribles, créame —mintió la muchacha con todo descaro.

—¿Quiere que la esconda?

—La nación se lo agradecerá algún día —declamó Maisie con acento dramático.

Barrows meditó unos instantes. Realmente, no se podía negar que era una hermosa mujer la que tenía frente a sí. El traje de malla negra se ajustaba como una segunda piel a su cuerpo esbeltísimo, haciendo resaltar la rica plenitud de sus senos, la flexibilidad de su talle y la curva de ánfora de sus caderas, completada por las dos piernas más bonitas y mejor torneadas que había visto jamás. El rostro, por otra parte, era sumamente atractivo, y completaba

adecuadamente aquel espléndido conjunto de gracias corporales.

—De modo que la persiguen, ¿eh?

—Así es. Y usted pueda ayudarme mucho, señor…

—Profesor Barrows, Fred Barrows.

—Yo me llamo Maisie. Es suficiente por ahora, Fred. Su explosión ha hecho mucho ruido. ¡Menudo susto me ha dado!

—Lo siento —dijo él. Y, tristemente, añadió—. Me imagino lo que va a pasar enseguida.

—¿Qué es lo que va a pasar?

Unos golpes sonaron furiosamente en la puerta. Se oyó una voz irritada:

—¡Profesor Barrows! ¡Abra, profesor!

—¡Rápido! —exclamó Maisie—. ¿Dónde puedo esconderme?

Barrows le indicó una puertecita.

—Ahí —señaló—. Dese prisa.

En realidad, no estaba muy seguro de que fuese verdad lo que decía la chica, pero su belleza le había impresionado notablemente. Empujó a Maisie por el brazo, sintiendo un agradable cosquilleo al notar la morbidez de su carne, y la encerró en un cuartito contiguo.

Luego corrió hacia la puerta y la abrió. Dos hombres, uno de los cuales vestía el uniforme del conserje de noche de los apartamientos, entraron inmediatamente. El que vestía de civil era el administrador.

—Profesor —exclamó el administrador—, ya se lo había advertido hace tiempo. Usted no me ha hecho caso, y ahí estamos tocando ahora las consecuencias de sus absurdos experimentos.

—Lo siento, señor Yancey —contestó el joven humildemente—. Algo falló en mi fórmula y…

—No me importa lo que falló, profesor. Lo que deseo a toda costa es evitar las quejas de los demás inquilinos, por una parte; y por otra, no tengo el menor deseo de que el edificio salte un día en pedazos, por culpa de su chifladura. —Yancey hizo una pausa para tomar aire y concluyó—: A las nueve en punto de la mañana quiero desalojado el apartamiento, o llamaré a la policía y le denunciaré por tener sustancias peligrosas en lugar habitado. ¿Estamos?

—Sí, señor Yancey.

—Rodríguez, el conserje, subirá para ayudarle a empaquetar sus cosas a las ocho en punto. Buenas noches, profesor.

Barrows cerró la puerta melancólicamente. Luego volvió al centro de la estancia, y contempló con gesto resignado los destrozos causados por la explosión.

—¡Qué lástima! —comentó con amargura.

La voz de Maisie sonó de pronto a sus espaldas.

—¿Se fueron ya? —inquirió.

—Sí —respondió él, volviéndose—. Era el administrador del edificio. Me ha expulsado del apartamiento.

Maisie le miró con curiosidad.

—¿A dónde piensa ir, Fred? —inquirió.

—No tendré otro remedió que refugiarme durante una temporada en mi casita de Del Monte, cerca de Monterrey. Tengo allí un laboratorio más completo, y me veré obligado a reanudar mis experimentos desde el principio. Este que había montado aquí debía servir solamente para la fase final de mi fórmula, que pensaba presentar dentro de unos días a una comisión del Gobierno…

—¿Ha dicho Del Monte? —preguntó la muchacha, súbitamente interesada. Del Monte estaba a pocos kilómetros al sur de Santa Cruz.

—Sí. Es una casita apartada, entre pinos y sobre la playa de la bahía de Monterrey.

Maisie tomó su decisión en unos momentos. Quitándose el casquete negro que ceñía sus cabellos, los dejó en libertad y se los ahuecó con gesto lleno de coquetería.

—Ése sería un lugar ideal para que una agente de la F. B. I. pudiera eludir durante unos días la persecución de los salvajes que quieren arrancarle el pellejo a tiras —insinuó.

Barrows sonrió.

—Debe ser un lindo pellejo —comentó.

—No sea fresco —dijo ella, con fingida aspereza—. Bien, ¿qué contesta a mi proposición?

—¿Piensa viajar vestida de esa manera?

—Oh, no, en absoluto. Pero tengo el resto de mi ropa en el piso de encima. Apartamento 14 E. ¿Por qué no sube usted a buscarla? Le daré la llave y… —sonrió incitantemente—. Por supuesto, el Gobierno sabrá recompensar su

desinteresada ayuda… y yo le quedaré eternamente agradecida por el gesto.

Barrows sonrió también. Llevaba mucho tiempo trabajando, concentrado en sus experimentos, y aunque la labor, vista desde el punto científico, tenía sobrado incentivo, había momentos en que se sentía más que fatigado. La idea de una aventura con una muchacha tan hermosa, le sedujo de inmediato.

Por supuesto; no creía en absoluto su historia de que pertenecía a la
F. B. I.
Era una rata de hotel, no había más que verlo. Pero si permanecían unos días juntos, acabaría por convencerla de que abandonase la profesión. Ello constituiría un hecho memorable en su existencia.

—Está bien —dijo al cabo—. Deme la llave de su apartamiento, Maisie.

CAPÍTULO IV

El inspector Carrigan raras veces perdía la flema, pero había ocasiones en que se ponía de un humor insoportable. El fracaso de su experiencia con Maisie Jean le hacía saltar a cada momento.

—Sólo nos faltaba eso —declaró, golpeando la mesa con el puño cerrado—. Ignoro por qué diablos estaba Hays en el apartamiento de Ricci, pero una cosa es segura: esa chica se lo encontró y, como tenía una cuenta pendiente con él, aprovechó la ocasión para liquidarlo de tres puñaladas.

—Y se llevó los libros que tanto buscábamos —gimió el agente Sharey, desplomado en una butaca.

—Ricci no fue, sobre eso no cabe la menor duda —dijo Carrigan —. Lo tuvimos vigilado toda la noche, y no se movió de la fiesta a la que asistía. Eso descarta por completo su intervención en la muerte de Hays.

—Hays me importa a mí un rábano —gruñó el federal—. Lo que quiero son los libros.

—Pídaselos a «La Rata» —exclamó Carrigan de mal talante.

—Sí, pero ¿dónde diablos está?

—La oficina de correos de Santa Cruz está vigilada día y noche. Maisie no se ha acercado allí en ningún momento.

—Tal vez lo hizo disfrazada —sugirió el federal—. Esas chicas de circo conocen la forma de disfrazarse.

—La estatura de Maisie no se puede disfrazar de ninguna forma. Ni sus ademanes, ni sus gestos, ni sus pasos largos y fáciles. Los agentes que tengo allí, por otra parte, la conocen de sobra. Aunque se hubiese teñido el pelo de rubio y usara gafas negras, la reconocerían en el acto. Y, por otra parte, el sobre dirigido a Maisie Jean sigue allí.

—Quizá ella se ponga en contacto con nosotros, inspector.

—Estoy harto de aguardar —masculló Carrigan—. Sé que es eso lo que hará, pero ¿cuándo?

El teléfono sonó de pronto. Carrigan levantó el auricular.

—Inspector, llamada de larga distancia para usted.

—¿Quién es? —preguntó Carrigan a voces.

—Lo ignoro, señor —contestó el telefonista de la policía—. Sólo dijo que quería hablar con usted y que era muy urgente.

—Está bien. Páseme la comunicación. Procuren, mientras tanto, averiguar el origen de la llamada. Santorio y O'Brien están en Santa Cruz; que corran a ver si atrapan a la persona que me llama.

—Sí, señor.

Carrigan tapó el micrófono con la mano.

—No puede ser otra que Maisie —dijo, con los ojos muy brillantes.

* * *

Rico Ricci, alias «El Toro», estaba furiosísimo. No sólo se le habían llevado unos libros importantísimos, sino que, además, le habían desaparecido unas joyas de gran valor, con las cuales esperaba hacer un negocio redondo.

Las joyas, a pesar de todo, tenían menos importancia que los libros. Éstos podían conducirle para muchos años a San Quintín… o quizá a la cámara de gas. Ahora empezaba a arrepentirse de haber aceptado la proposición para llevar a cabo aquel asunto. Pero la suma ofrecida —y percibida en su mitad por adelantado—, había resultado tan tentadora, que no había sabido negarse a la petición del hombre que se lo había propuesto.

Por otra parte, la policía le había molestado considerablemente a cuenta del asesinato de Jock Hays, que había aparecido muerto en el piso, sin que se supiera quién había sido el asesino. Por fortuna para él, había podido mostrar concluyentemente su inocencia en el hecho, aunque otra cosa le tenía sumamente preocupado: Hays había penetrado en el apartamiento, burlándose lindamente de la puerta blindada y de su cerradura especial de combinación. ¿Era

que ni aun así iba a poder tener seguridad contra sus enemigos?

Los federales, por contra, no le habían molestado en absoluto. Sabían, eso sí, que tenía los libros en su poder… —Mejor dicho, los había tenido hasta aquella noche fatídica—, pero ellos no habían sido los autores de la sustracción; de lo contrario, el largo brazo de la F. B. I, habría caído pesadamente sobre sus espaldas.

Esto le tranquilizaba por un lado, pero, por otro, se daba cuenta de que uno de sus competidores tenía ahora los libros. ¿Qué pretendía hacer con ellos? ¿Qué clase de coacción pensaba ejercer sobre él? Quienquiera que fuese, estaba deseando enfrentársele cuanto antes, para darle su merecido por la jugarreta que le había gastado.

Canillo entró de pronto en la habitación, interrumpiendo en seco las poco agradables reflexiones del «gángster».

—Choaney está ahí afuera, jefe —informó.

—Hazle pasar —gruñó Ricci.

Se puso la chaqueta y se la ajustó frente al espejo, retocándose el nudo de la corbata. A los treinta y nueve años, Rico Ricci tenía motivos para sentirse aún satisfecho de su apariencia física. Cuando hacía una aparición en público, las miradas de muchas mujeres recaían sobre su figura. Lo sabía y se sentía orgulloso de ello.

Entró un hombre en la habitación. Era Pet Choaney, un informador privado que Ricci usaba muchas veces para sus asuntos, antiguo policía expulsado, por inmoral, del Cuerpo.

—Rico —saludó.

—¿Novedades, Pet?

—Las investigaciones me han hecho dar una vuelta completa —dijo Choaney.

—Explícate, Pet —pidió el «gángster», impaciente—. No me gustan los acertijos.

—Es muy sencillo, Rico. He vuelto al edificio.

—Ya lo veo. Si no hablas más claro…

—Te diré, Rico. El robo lo cometió una persona que se alojaba en este mismo hotel, dos pisos más arriba. Se descolgó por la ventana, puso el explosivo en la caja fuerte, voló la puerta, cogió lo…, lo que había dentro y se largó con el botín.

Ricci frunció el ceño.

—Así de sencillo, ¿eh, Pet? ¿Piensas que soy tonto? Ya sé que el

ladrón rompió el vidrio, para hacerme creer que se había descolgado desde arriba, pero ¿quién hay tan loco para jugarse el tipo a cuarenta metros de altura? Ni siquiera un trapecista de circo.

—Es que fue una trapecista de circo precisamente la que lo hizo —declaró Choaney, muy satisfecho.

Ricci se volvió lentamente hacia el informador.

—Pet, si quieres burlarte de mí, te aseguro que…

Choaney levantó ambas manos.

—No hay burlas que valgan, Rico. En mis tratos contigo soy absolutamente sincero. Fue una antigua trapecista de circo, que después se metió a rata de hotel y que acabó en Corona, por un robo de joyas. Por el cambio de profesión le dieron el apodo de «La Rata», pero su nombre auténtico es Maisie Jean. Es una verdadera belleza…

—No me importa ahora lo que sea —rugió el pandillero—. Lo que quiero saber es dónde está esa fulana. En cuanto le eche la zarpa encima, le quebraré todos los huesos de tal forma, que no va a ser capaz de trepar siquiera a unos zapatos de tacón bajo. Vamos, Pet, desembucha de una vez.

—Lo siento, Rico. Hasta ahí he llegado, pero, por el momento, he perdido la pista de «La Rata». ¡Aguarda un momento! —dijo, al ver el gesto de cólera del rufián—. Tengo una pista para encontrarla. Sé que salió del edificio en compañía de un chiflado, que se dice profesor de química y que estuvo a punto de volar el piso superior con uno de sus experimentos. El profesor se llama Fred Barrows, y ahora me voy a dedicar a buscar por todos los centros universitarios, para saber dónde diablos vive. Es seguro que «La Raía» lo engatusó, pero el nombre de Barrows no aparece en la guía telefónica. Es cuestión de un día, dos, como máximo, te lo aseguro.

Ricci pareció calmarse un tanto.

—Está bien. Sigue buscando y no dejes de tenerme al corriente de lo que averigües, Pet.

—*Okey*, Rico. Pero… —Choaney hizo un gesto característico, consistente en frotarse el pulgar y el índice de la mano derecha—. Oh, no lo digo por mí, precisamente, sino porque tendré que untar a todos los conserjes y porteros de los centros estudiantiles para que suelten la lengua, ¿comprendes? Si fuese sólo por mí…

—Está bien. —Con gesto hastiado, Ricci metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó unos cuantos billetes, que entregó al investigador—. Resultados, Pet, resultados —advirtió en tono ominoso.

—Los tendrás, Rico —prometió Choaney con voz segura.

Pet salió del edificio pocos momentos más tarde, sin percatarse de que había un coche negro, largo, enorme, parado a poca distancia de la puerta. Choaney se detuvo unos momentos al borde de la acera, hasta que vio pasar un taxi. Entonces levantó la mano.

Uno de los ocupantes del coche señaló al informador.

—Sígale, Karl. Péguese a él y no le pierda de vista un solo momento. Infórmeme más tarde de sus andanzas.

—Sí, señor —contestó el hombre que había recibido la orden. El otro se apeó y quedó en pie unos momentos, contemplando a Choaney, que embarcaba en el taxi en aquel instante.

El taxi arrancó. Un segundo después, el coche negro se ponía en marcha tras sus huellas.

A continuación, el sujeto se metió en el edificio. Era un hombre de buena presencia, de aspecto próspero, vestido con discreta elegancia, que hubiera podido pasar en cualquier parte por un acaudalado hombre de negocios, que bordeaba ya el medio siglo.

Un minuto después, Sangani, el otro esbirro de confianza de Ricci, decía:

—Jefe, el señor Mreka está ahí afuera.

Ricci torció el gesto. «¡Maldición, qué inoportuno!», pensó.

—Está bien —dijo, sonriendo—. Voy a verle. —Y se dirigió al salón.

* * *

Fred Barrows detuvo la marcha del automóvil y acabó por frenar, junto a la acera del supermercado.

—No sé por qué hemos tenido que venir a Santa Cruz —refunfuñó—. ¿Es que no podíamos haber adquirido los víveres en cualquier otra tienda de Del Monte?

—No se enoje —sonrió Maisie—. La verdad es que tiene razón, pero yo también tenía motivos para venir a Santa Cruz. Aguarde un momento, por favor.

Abrió su bolso y extrajo del mismo un documento, que entregó al joven.

—Es un permiso para recoger mi correspondencia en Lista de Correos, en la central de la ciudad. ¿Querrá encargarse de ese recado, mientras yo hago las compras?

La sonrisa de Maisie era irresistible. Barrows cedió.

—Muy bien. Iré ahora mismo. Ah, y no se olvide de mi plato favorito.

—Me lo ha recordado muchas veces, Fred —sonrió ella—. A la noche tendrá su pollo con bananas.

Abrió la portezuela, saltó del coche y, taconeando ágilmente, cruzó la acera y se metió en el supermercado.

Barrows suspiró. Era una muchacha encantadora. ¡Si consiguiese desviar sus inclinaciones hacia lo ajeno! ¿Era una profesional, una muchacha amante de las aventuras excitantes o una cleptómana?

Tendría que esforzarse por averiguarlo, se dijo, mientras ponía el automóvil en marcha.

Maisie realizó las compras concienzudamente, sin olvidar uno solo de los artículos de la larga lista que habían confeccionado, la víspera, en la casita del profesor. Una vez hubo terminado la compra, hizo que le llevasen los paquetes al bar que había junto a la puerta, y pidió que le sirvieran una taza de café.

A dos pasos, divisó una cabina telefónica. Consultó su reloj de pulsera. Fred estaba a punto de regresar. Sabía que, en cuanto se pusiera en contacto con el inspector Carrigan, éste haría investigar el origen de la llamada. Por dicha razón, le convenía abandonar el supermercado cuanto antes, sin dar tiempo a los sabuesos que, seguramente, debían estar vigilando la central de Correos, situada a diez minutos escasos de coche, a que llegasen hasta allí.

También sabía que los policías la reconocerían en el acto. Por dicha razón había enviado a Fred. Lamentaba mucho tener que complicarle en un asunto semejante. «Es un sol —suspiró—. Tan alto, tan apuesto, tan varonilmente atractivo, a pesar de su aspecto de rata sabía… Por él sería yo capaz de…, de cualquier locura. Hasta de volverme persona decente, si él me lo pidiese».

Terminó el café y depositó un níquel sobre el mostrador. Luego se metió en la «cabina» y cerró la puerta de cristales, que la aislaba de los ruidos del supermercado.

Levantó el aparato y pidió a la central telefónica una llamada de larga distancia a San Francisco. La operadora le dijo la cifra de monedas que debía depositar en la ranura, pero ella contestó que la jefatura de policía pagaría con gusto el importe y que, por lo tanto, era una llamada a pagar por el destinatario. Entonces, se realizó la conexión.

En aquel momento entró Fred en el supermercado y la vio dentro de la «cabina». El joven tenía un periódico en la mano y un sobre alargado en la otra. Levantó la mano que tenía el sobre y se lo enseñó. Ella le contestó con una sonrisa y un signo de que esperase un par de minutos. Casi en el acto, la voz del inspector Carrigan sonó en sus oídos con trémolos de ira.

CAPÍTULO V

—¡Maisie! —bramó Carrigan—. ¿En dónde diablos te has metido? ¡Escucha, has armado un buen jaleo liquidando a Jock Hays…!

—Calma, inspector, calma —dijo la joven, atajando el colérico chorro de palabras de su interlocutor—. No se precipite a juzgar los acontecimientos. Es cierto que Hays estaba muerto en el apartamiento de Ricci, pero ya lo habían «apiolado» cuando yo llegué. ¡No se puede figurar usted el susto que me llevé cuando me lo encontré, frito a puñaladas en el mismo cuarto donde debía operar!

—Tu susto me importa un rábano, «Rata» condenada —rugió Carrigan, pérdida su habitual bonachonería—. Te queremos a ti, queremos los libros…

—Y, seguramente, querrá también las joyas de la señora Van Thoren, desaparecidas hace dos años y medio, y a causa de las cuales yo fui a parar a Corona, ¿lo recuerda?

—¡Claro que me acuerdo! ¡Y me acuerdo también de las malditas joyas! Pero ¿qué diablos tienen que ver con este asunto, Maisie?

—Las tenía Ricci dentro de su cofre fuerte.

—Y ahora están en tu poder.

—Justamente.

Hubo una corta pausa de silencio. Después, Carrigan dijo:

—Maisie, enseña tus cartas de una condenada vez.

—Se lo diré, inspector. Ya sé que usted me achaca la muerte de Jock Hays y que ni siquiera el hecho de trabajar para la «bofia» me salvaría de ir a la cámara de gas de San Quintín. Ustedes se lavarían las manos, ¿comprende?

Carrigan apretó los labios. «La muy… Es lista como el demonio.

Tiene toda la razón del mundo», pensó.

—¿Y…?

—Sencillamente, que quiero que utilicen sus preciosos cerebros para algo más que para consumir analgésicos. Yo no maté a Jock, así que averigüen por otro lado y gánense el sueldo que les pagamos los honrados contribuyentes, encontrando al verdadero asesino.

»Esto, por una parte. Por otra, apriete las clavijas a Ricci, y que le explique por qué razón tenía las joyas de la Van Thoren en su caja fuerte y por qué tenía que esperarle Jock Hays en su apartamiento. No se olvide tampoco de entrevistar a Andy Seagham; Jock y Andy estaban a matarse por mi lindo palmito, aparte de que eran competidores en el negocio, ¿ha comprendido?

—¿Qué más, bruja? ¿Quieres la luna?

Maisie se echó a reír.

—No tanto, inspector. Escuche, los libros están en mi poder. Serán mi garantía de que usted investigará a fondo ese asesinato y me exculpará totalmente de él. Leeré los periódicos, ¿comprende? Y no intente buscarme, localizando este teléfono; voy a desaparecer inmediatamente de aquí, y me esconderé en un sitio donde usted no podrá encontrarme. ¿Ha comprendido bien lo que quiero decirle? Ya me pondré en contacto con usted para conocer el resultado de sus pesquisas; no me fío de que haga publicar una nota en los periódicos, diciendo que yo no soy la autora del asesinato de Hays. ¡Adiós!

Colgó el teléfono y salió de la «cabina».

—¿Vamos, Fred? —sonrió hechiceramente.

* * *

El aspecto de Paul Mreka resultaba serio y circunspecto, pero Rico Ricci era harto sicólogo para no saber que el sujeto disimulaba su ira bajo la capa de una corrección que se manifestaba en sus parsimoniosos ademanes y en sus palabras llenas de suavidad, aunque también con un fondo de amenaza que era difícil ignorar.

—Le aseguro que me robaron los libros, señor Mreka —dijo, enseñando las palmas de las manos, como apoyándose en el gesto para acentuar su sinceridad—. Usted ha tenido que leer los periódicos; me robaron la caja fuerte y, además, asesinaron a un

tipo en mi propio apartamiento…

—Eso no me importa —atajó Mreka con helada cortesía—. Usted y yo convinimos un trato, a base del cual le di veinte mil dólares como primera entrega de un total de cuarenta mil. Esos veinte mil dólares, además, eran en billetes usados, sin numeración correlativa y sin registrar, tal como usted exigió. Le advierto que no pretendo dejarme engañar, señor Ricci, ni piense que toleraré un chantaje a base de aumentar más su pago. Los libros, en cuarenta y ocho horas más o, de lo contrario, se atendrá a las consecuencias.

—¡Por el amor de Dios! —rogó Ricci—. ¡Esto ha sido obra de algún granuja que me quiere mal! Tendría que haber visto usted cómo quedó mi apartamiento después de la devastación que me hicieron en él…

—Cuarenta y ocho horas —repitió Mreka, fríamente—. Y no crea que pienso aceptar un aumento de sólo diez centavos sobre la suma convenida. Si pasado mañana, a estas horas, no tengo los libros, será mejor que se esconda bajo tierra.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, sin hacer caso de las protestas del «gángster». Cuando se quedó solo, Ricci sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el abundante sudor que le corría por la frente.

—¡Canillo, Sangani! —llamó a voces.

Los dos gorilas salieron de la habitación contigua, donde se habían retirado mientras duraba la entrevista de su jefe con Mreka.

Ricci extendió la mano derecha.

—Una copa, pronto —pidió con voz crispada.

Canillo le puso el vaso en la mano. Ricci bebió un par de buenos tragos para calmar un poco el nerviosismo que se había apoderado de él.

—Ese tipo me ha sacado de quicio —gruñó—. Si no encontramos pronto los libros, nos dará un disgusto de los gordos.

Habló en plural, a fin de estimular a sus acólitos.

—No sé para qué diablos querrá ese tipo unos libros, que no son más que las cuentas de una fábrica sin importancia —farfulló Sangani.

—Eso no nos importa ahora —dijo el «gángster»—. Lo que interesa es encontrarlos, así que, moveos y a buscar por todos los sitios donde pueda estar el tipo que se los llevó.

—¿Y por qué se los llevó, me pregunto yo? —dijo Canillo.

—Debió suponer que eran mis propios libros, y quizá creyó que, actuando así, me metía en un apuro gordo —contestó Ricci.

Canillo chasqueó los dedos.

—Ya sé, entonces, quién lo hizo —exclamó—. Burt Hake, no puede ser otro. Se la tiene jurada desde que usted le dio aquel soplo a la policía…

—Sí. —Los ojos de Ricci se iluminaron—. Es posible que haya sido el bueno de Burt. Esperad, en tal caso, no es preciso que vayamos ahora. A la noche nos dirigiremos a su local y le esperaremos a la salida. Si le pescamos desprevenido… ¿Habéis entendido lo que quiero deciros?

Canillo y Sangani se miraron y rompieron a reír. Liberado de su tensión, Ricci se unió también al coro de carcajadas. Sí, la noche prometía resultar muy divertida.

* * *

Maisie Jean esperó a hallarse fuera de la ciudad para abrir el sobre.

—¡Vaya, menos mal! —exclamó—. Mi amigo se ha portado como un caballero.

Sin dejar de poner atención en la carretera, Barrows arrojó una rápida mirada hacia el sobre. Se sobresaltó al ver el dinero en manos de la muchacha.

—Una bonita suma —comentó.

—Sí —sonrió Maisie—. No tenía dinero y se lo pedí a un amigo. ¿Le pusieron muchas pegas en Correos?

—Ninguna. Me entregaron el sobre en el acto, Maisie.

La chica volvió el dinero al sobre y sacó de su interior un papel doblado a lo largo, que desplegó y leyó con suma atención, mientras una levísima sonrisa vagaba en sus jugosos labios. Mirando de reojo, Barrows pudo darse cuenta de que parecía tratarse de un documento oficial, a juzgar por los sellos que se advertían en él. Discreto, por el momento, no quiso formular a Maisie ninguna pregunta sobre el particular.

Media hora más tarde llegaban a la cabaña del profesor. Estaba situada sobre un promontorio rocoso, de unos quince metros de

altura sobre el mar, entre rocas y pinos, en un paraje de singular hermosura, y a cortísima distancia de la playa, para llegar a la cual se utilizaba un sendero que serpenteaba por entre las rocas. La cabaña era de una sola planta y constaba de dos dormitorios, uno de los cuales era el destinado a los eventuales huéspedes y que era el que usaría Maisie, un comedor salón, una cocina y el cuarto de baño. Adosada al costado norte, tenía un cobertizo, donde Barrows había instalado su laboratorio.

El joven llevó los paquetes a la cabaña. Entre los dos, con risas y bromas, estibaron los alimentos, parte en la alacena y parte en el frigorífico. A continuación, Maisie dijo:

—Creo que, después del trabajo, nos merecemos un refresco. Fred, ¿hacia dónde se inclinan sus preferencias?

—Dos dedos de Bourbon, otros dos de soda y un par de cubitos de hielo —indicó Barrows.

—Muy bien. Prepararé dos dosis.

La muchacha vestía una blusita sin mangas, ceñida prietamente a su busto joven y arrogante, que permitía ver la blanca morbidez de sus brazos, y una falda corta, oscura, completando el atavío con unos zapatos de tacón de aguja, que aumentaban su ya aventajada estatura. El pelo había sido recogido en la nuca, en un redondo moño, y le quedaba estirado a ambos lados de la cara, dejando solamente parte de las orejas al descubierto. Su aspecto era arrebatador.

Para Fred, sin embargo, además de ladrona, era asesina.

Maisie preparó las bebidas y dio media vuelta, encaminándose a la mesa. Entonces vio un periódico abierto de par en par sobre la tabla.

Los titulares en rojo hacían daño a la vista.

MAISIE JEAN, «LA RATA», BUSCADA POR EL ASESINATO DE JOCK HAYS

Su retrato figuraba asimismo en la portada del *Santa Cruz Clarion*. Maisie sintió que se le retiraba la sangre del rostro al contemplar el periódico.

Levantó los ojos. Fred Barrows, sentado a la mesa, la contemplaba en silencio, con una expresión de pena y reprobación que le hizo un daño infinito.

Maisie dejó los vasos sobre la mesa.

—Fred, le juro que yo no lo hice —dijo atropelladamente, perdiendo la serenidad por vez primera en mucho tiempo—. Jock estaba muerto ya cuando yo llegué al apartamiento de… bueno, al piso situado bajo el suyo… —Estaba a punto de llorar—. No me cree, ¿verdad?

—Me está diciendo lo mismo que le dijo al inspector Carrigan, desde la «cabina» telefónica del supermercado de Santa Cruz —contestó el joven.

Maisie abrió la boca de par en par.

—¡Dios mío! —exclamó, llena de asombro—. ¿Cómo puede saber que he hablado con Carrigan?

CAPÍTULO VI

Fred Barrows demoró la respuesta unos segundos:

—Cuando terminé la carrera, estuve desempeñando la cátedra de química durante dos años en un colegio para sordomudos. Tuve que aprender el lenguaje a través del movimiento de los labios. Por eso he captado íntegramente todo lo que usted ha hablado con el inspector Carrigan.

Maisie se dejó caer sobre la silla que tenía más próxima. Señaló a uno de los vasos.

—¿Puedo…? —preguntó, casi sin fuerzas para hablar.

Barrows movió la cabeza afirmativamente. Ella tomó un sorbo de licor y luego le miró.

—Fred, por lo más sagrado, le juro que yo no maté a Jock Hays —afirmó—. Ya sé que todas las apariencias me condenan…, incluso tenía motivos de resentimiento contra él, pero nunca hubiera llegado a un extremo semejante. —Bajó los ojos—. Sé que mi conducta pasada deja mucho que desear, que estoy considerada como una ladrona… y lo soy, en realidad, pero jamás, jamás cometería un crimen de tal clase. Créame, por favor —imploró.

—Si es inocente, ¿por qué no se presenta a Carrigan? —dijo él, impasible.

—Porque no me creería y porque, apremiándole con los libros que guardo, le obligo a buscar al verdadero asesino. Ignoro quién pueda ser… tampoco creo que lo hicieran con el deliberado propósito de culparme del crimen. Fue una simple casualidad, es todo.

—¿Y usted piensa que Carrigan accederá a lo que le pide? ¿No se da cuenta de que es un policía y que, sobre todo, debe cumplir con su deber?

—Cumplir con su deber significa buscar al verdadero asesino, y no caminar por la vía más cómoda, culpándome a mí de algo que no he hecho en absoluto —protestó Maisie con vehemencia.

Barrows alargó el brazo y tomó el vaso.

—Hábleme de los libros —pidió.

—No los he visto aún —confesó ella—. Sé que le interesan a la F. B. I., pero es cuanto puedo decirle.

—¿Y las joyas de la señora Van Thoren?

Las facciones de Maisie se contrajeron súbitamente.

—Por esas joyas fui a parar yo a Corona con ocho años. Injustamente, por supuesto. Jock Hays fue el que dio el golpe, y luego fraguó las pruebas que sirvieron para condenarme. Carrigan y el agente Sharey, de la F. B. I., me prometieron el perdón si robaba los libros para ellos. Acepté, ¿qué otra cosa podía hacer con la perspectiva de cinco años y medio de cárcel por delante?

Se puso en pie, buscó el sobre y sacó el documento de perdón.

—Aquí lo tiene, si no cree en mi palabra, Fred.

Barrows leyó rápidamente el contenido del documento.

—¿Y el dinero?

—No tenía apenas un centavo cuando salí de Corona, salvo unos pocos dólares que me dieron para los gastos más indispensables. Tenía que rehacer mi vida, ¿comprende? Y descolgarse por una cuerda a cuarenta metros de altura no es cosa que pueda hacerlo todo el mundo. Si la cuerda se hubiera cortado fuera del edificio, en lugar de hacerlo en el momento de entrar en su apartamiento, ¿se imagina lo que me habría pasado?

—Me decepciona usted, Maisie —dijo él—. Había pensado de forma muy distinta.

—Lo siento —dijo ella. Señaló el teléfono, que estaba adosado a una de las paredes—. Llame a San Francisco y póngase en contacto con el inspector Carrigan. Es todo lo que puedo decirle.

Giró sobre sus talones y se metió en su dormitorio, cerrando la puerta a continuación.

Barrows permaneció pensativo durante largo rato. Terminó el contenido de su vaso y luego el de la muchacha. Al fin, se levantó,

salió de la estancia y se dirigió al laboratorio.

Estuvo trabajando intensamente durante todo el día. Cerca del atardecer, Maisie llamó a la puerta.

—¡Fred!

El joven suspendió su labor.

—¿Qué hay, Maisie?

—¡La cena está lista!

—Iré enseguida —prometió Barrows.

Se lavó las manos en una pileta que tenía en un rincón y se pasó un peine por el cabello. Momentos después, estaba sentado a la mesa.

Cenaron en medio de un sombrío silencio. Al terminar, mientras servía el café, Maisie preguntó:

—Fred, ¿qué es lo que piensa hacer?

El joven encendió un cigarrillo.

—Le diré la verdad, Maisie. Cuando la vi por primera vez, pensé que usted era para mí una aventura, en el buen sentido de la palabra, que venía a arrancarme de la fatigosa rutina diaria. Acepté su proposición de esconderla, pensando, con toda franqueza, en que quizá sabría ser lo suficientemente buen orador, para apartarla de la mala senda que había escogido. Pero ahora, a la vista de lo que ha pasado…

Se interrumpió un instante.

—Siga, por favor —pidió ella ansiosamente.

—La verdad es que no se trata de un robo corriente, como pensé al principio. Hay un muerto por medio, una caja con joyas, la F. B. I…, Demasiado, Maisie, compréndalo.

La chica bajó la cabeza.

—Sí. Usted es una persona honrada, y yo, una ladrona. ¿No es eso lo que quiere decir?

—¡No, espere! —protestó él—. Sus antecedentes me importan poco. Tengo la seguridad de que no se lanzó a esa profesión sólo por gusto. Debieron existir otras causas que la forzaron a abandonar su antiguo oficio, empujándola a la senda del delito. ¿Acierto?

Maisie apoyó los codos sobre la mesa y fijó en él sus grandes ojos negros.

—Tiene usted razón, Fred —murmuró—. Yo fui una vez una chica decente. Era de las que soñaban en un hombre bueno y

trabajador, un traje blanco de novia y muchos chiquillos. Luego, todo se torció… —Su voz se crispó repentinamente, y escondió la cara entre las manos—. Por favor, no me obligue a hablar más ahora, se lo ruego.

Barrows se levantó y apoyó una mano en la espalda de la muchacha.

—No la forzaré a hablar, si ése no es su deseo —dijo en tono amistoso—. Pero ¿no cree que una conversación a fondo con una persona de su agrado, la desahogaría considerablemente? ¿Quién sabe si, además, esa persona podría ayudarla, Maisie?

Ella levantó el rostro. Tenía los ojos bañados por las lágrimas.

—Esta noche, no, se lo suplico, Fred. Otro rato…, cuando me sienta en mejor disposición de ánimo para contarle todo.

—No la obligaré a que hable, si ése no es su gusto, pero ¿no cree que quizá está cometiendo una imprudencia? Yo ignoro muchas cosas de usted y… a fin de cuentas, aunque personalmente la considere inocente, el inspector Carrigan y los demás policías no piensan igual que yo. Estarán lanzados en su busca y, créame, farde o temprano acabarán por encontrarla.

—No lo creo —respondió Maisie—. Los hemos despistado bien. No nos encontrarán aquí en mucho tiempo… y para entonces, ya se habrá aclarado el enigma de la muerte de Jock Hays, que es lo que estoy deseando. Entonces, apareceré a la luz y devolveré los libros y las joyas de la señora Van Thoren.

Barrows se resignó.

—Como quiera, Maisie.

Aquella noche, el profesor tardó mucho en dormirse. Pensaba en Maisie y en la serie de circunstancias que la habían conducido al delito. Naturalmente, no era un sentimental absoluto que creía que todos los delincuentes eran unas víctimas del medio ambiente; poseía la suficiente inteligencia para saber que una persona dispone de un libre albedrío y de una razón que le indica cuáles son las cosas buenas que puede hacer y las malas que no debe hacer. Pero en el caso de Maisie, «La Rata», estimaba que, en buena parte, ella había sido la víctima de unos hechos que habían forzado sus decisiones, empujándola por la ruta torcida.

Además, era una muchacha que le gustaba. Aparte de su hermosura física, que no era poca, poseía unas cualidades que

apenas si habían sido utilizadas, debido a las circunstancias en que hasta entonces se había deslizado su existencia. Bajo la capa de despego y dureza con que se cubría a veces, bajo el lenguaje incorrecto y áspero en ocasiones, latía, a su entender, un corazón de oro, que sólo estaba esperando a la persona adecuada que supiese comprender su existencia, hallarlo y ponerlo al descubierto.

«Tal vez esa persona sea yo», suspiró tiernamente. Se imaginó a la muchacha entrando en una iglesia, vestida de blanco, y se derritió de placer anticipado.

Se durmió con una sonrisa en los labios.

* * *

Agazapados en las sombras, Ricci y Sangani esperaban dentro del automóvil. Canillo estaba a veinte metros más allá, en la esquina sombría de un edificio del cual iban saliendo los últimos clientes.

Las luces fueron apagándose una a una, hasta quedar solo un par de lámparas sobre la puerta de la sala de fiestas. El portero uniformado abrió la puerta y se curvó el espinazo para saludar a dos hombres que salían en dirección al coche que esperaba a pocos pasos de distancia.

Canillo encendió y apagó dos veces una minúscula linternilla que había llevado a prevención.

—La señal —murmuró Ricci.

Sangani puso el coche en marcha, un segundo antes que hiciera lo propio con el suyo uno de los dos hombres que acababan de salir del local. Sangani arrancó suavemente, vigilando por el espejo posterior la marcha del vehículo ocupado por Burt Hake y su guardaespaldas de confianza.

Detrás, en otro automóvil, iban Canillo y otro pistolero más. Los tres vehículos rodaron durante un rato, separados por una distancia media de ochenta a cien metros.

De pronto, al doblar una curva, Ricci dio una orden:

—Ahora, Sangani.

El pistolero redujo la marcha, simulando desviarse a la derecha del camino. La autopista se hallaba a unos trescientos metros de distancia.

El coche de Hake continuó su ruta. Inesperadamente, Sangani golpeó el volante en sentido contrario y bloqueó el camino.

Al mismo tiempo, Canillo pisaba el acelerador. En cuestión de un segundo, el coche de Burt Hake quedó rodeado por los otros dos.

—¡Fuera, Sangani! —gritó Ricci.

Hake soltó una maldición al darse cuenta de la encerrona.

—¡Cuidado, Mike; es una trampa! —le gritó a su ayudante.

El guardaespaldas sacó una pistola en el momento en que el compañero de Canillo alcanzaba la portezuela.

—¡Toma, bastardo! —rugió, alcanzándole en pleno rostro con su disparo.

A tres pasos de distancia, Sangani disparó dos veces. Perforó el cristal primero y a continuación el cráneo del pistolero, quien se dobló hacia atrás en el asiento. Hake estaba forcejeando para sacar su pistola, pero antes de que pudiera conseguirlo, alguien abrió la portezuela y le agarró por un brazo, haciéndole caer fuera del coche.

Hake intentó levantarse, lanzando mil blasfemias. De pronto, la culata de una pistola se abatió sobre su cráneo, y cayó de cara al suelo.

—Listo, jefe —exclamó Canillo.

Tranquilamente, como si no acabasen de morir dos hombres, Ricci se acercó al automóvil. Metió la mano dentro y sacó la cartera que Hake había portado consigo. Al abrirla, vio que estaba repleta de billetes de Banco, producto de la recaudación del día.

—Hake tiene un buen negocio —comentó sonriendo.

—¿Qué hacemos con los dos «fiambres», jefe? —preguntó Canillo.

Ricci meditó unos segundos.

—Poned a Tonio dentro del coche de Hake y pegadle fuego. Nosotros nos llevaremos a Burt a la casa de campo. —Cerró de golpe la presilla de la cartera, a la vez que sus ojos dejaban escapar relumbres de cólera—. Hake hablará, ya lo creo que hablará, aunque para ello —prometió—, tenga que arrancarle las uñas una a una.

CAPÍTULO VII

La cajera del supermercado examinó la fotografía que le enseñaba el agente Santorio.

—Sí, estuvo comprando aquí. La recuerdo perfectamente.

—¿Sabe usted a dónde se dirigió después de pagar sus compras, señora?

La cajera señaló hacia el bar, situado cerca de la salida.

—Allí. Pregunten al mozo del mostrador. Estuvo unos minutos tomando algo, pero ya no sé más; tenía que atender a los clientes…

—Muchas gracias, señora —cortó el agente—. Vamos, Paddy.

Santorio y O'Brien se dirigieron al bar. Treparon a sendos taburetes y pidieron dos tazas de café, que les fueron servidas en el acto. Entonces, Santorio enseñó la fotografía.

—¿Reconoce a esta mujer? —preguntó.

El barman tomó la cartulina y se reclinó en el mostrador.

—Sí —respondió al cabo—. Es una mujer de toda una pieza. Estuvo aquí, tomando café.

—¿Qué más datos puede darnos de ella? —inquirió el agente O'Brien.

—Bueno, vestía blusa blanca, sin mangas, falda oscura, zapatos de tacón alto y… Alí, sí, entró en esa «cabina» telefónica, habló un rato por teléfono… Cuando estaba a mitad, llegó un sujeto que la saludó. Al terminar, salió y se fueron juntos.

—Descríbanos al tipo —pidió Santorio.

—Era alto, más que ella, un sujeto muy apuesto. Pelo castaño, corto, a cepillo, ojos azules, hombros anchos… Vestía camisa a cuadros y una cazadora azul clara. Salieron y no les he vuelto a ver

más.

Santorio y
O’Brien
se miraron. El primero depositó una moneda sobre el mostrador.

—Gracias, amigo. —Vamos a informar al jefe.

Carrigan recibió la información con gesto sombrío. Luego, colgó el teléfono y miró al agente especial Sharey.

—No cabe duda. Nuestra chica está con él.

Sharey encendió un cigarrillo con gesto de enojo.

—Me pregunto qué diablos tendrá que hacer un profesor universitario en este condenado asunto —dijo de mal talante.

—Maisie tiene unos ojos muy bonitos y un cuerpo seductor —contestó el inspector evocadoramente—. Un profesor universitario suele ser, por regla general, presa fácil para una mujer hermosa y astuta. A saber lo que le habrá dicho ella para convencerle de que la esconda en… ¿Dónde diablos se habrán metido? —suspiró Carrigan.

—Sus hombres están recorriendo todas las universidades y centros de enseñanza —dijo Sharey—. ¿Es que ninguno de ellos ha sabido dar con el paradero del profesor Barrows o, por lo menos, con alguno de sus antecedentes?

—Barrows estaba en San Francisco, pero no sabemos si definitiva o accidentalmente.

—Tenía un laboratorio instalado en su apartamiento. Algo le salió mal y casi lo destrozó. ¿Cómo diablos entraría Maisie en relaciones con el profesor?

—Eso no importa ahora. La mala suerte nuestra y la buena de Maisie, fue que debajo del piso que alquilamos para ella, residiera un sujeto al que embaucó, embobó, atontó y todo lo que usted quiera, y que le ha servido a las mil maravillas para darnos esquinazo. Lo único cierto es que estuvieron en Santa Cruz, y que es muy posible que residan en la ciudad. —Carrigan tomó su viejo y maltratado sombrero y se puso en pie—. Así que vámonos inmediatamente para allí, a pedir ayuda al jefe de policía.

—Sí —suspiró el federal, poniéndose también en pie.

* * *

Maisie se asomó a la puerta del laboratorio y gritó alegremente:

—Fred, he encontrado un traje de baño en mi habitación.

El joven levantó la cabeza del microscopio.

—Es de mi hermana —contestó—. Se lo dejó el año pasado aquí, cuando estuvo pasando una temporada con su marido y los chiquillos.

—No sabía que tuviese una hermana, Fred —dijo ella.

—Y dos hermanos más y once sobrinos, que son otros once tantos diablos. Ya ve, soy casi el mayor de la familia, y el único que permanece soltero.

—Envidio a su hermana —manifestó Maisie sinceramente—. Hace un día radiante y la playa está a menos de ciento cincuenta metros. Deje de una vez esa maldita química y venga a tomarse un baño.

—Conforme —aceptó el joven.

Disfrutaron del baño alegremente, como dos chiquillos, sin complejos, olvidados por completo de sus problemas. Corrieron por la playa y se persiguieron mutuamente. Al fin, Maisie, jadeante y sin aliento, se dejó caer sobre una gran toalla roja que había llevado para el baño.

—Estoy rendida —dijo, mirándole a la vez que sonreía encantadoramente—. Nunca creí que una rata de laboratorio pudiese ganar a una rata de hotel.

Barrows se sentó a su lado. Sacó cigarrillos, encendió uno y se lo puso en los labios. Los cabellos de Maisie, largos y lustrosos, como de hilos de seda negra, azuleaban al sol y caían sueltos sobre sus hombros, mórbidos y blancos.

—El día que pueda tostarse la piel, ganará usted un cien por cien —elogió.

—En Corona no había muchas facilidades de tomar baños de sol —respondió Maisie, exhalando una bocanada de humo—. Pero, al menos, me permitían hacer gimnasia y practicarla con las presas que lo deseaban.

—Hizo una buena obra —comentó Barrows—. Pero no me gustaría que volviese a ser monitora de gimnasia en una cárcel de mujeres.

Maisie perdió la sonrisa bruscamente.

—Fui a parar allí por algo que no había hecho, aunque, bien mirado, resultó lo que suele llamarse justicia poética. Estaba

pagando, indirectamente, otros robos.

—Que nunca debió haber cometido. ¿Por qué no siguió en el circo?

Maisie se sentó. Su mirada se perdió en el azul Pacífico.

—Concebí de repente un odio inmenso hacia la sociedad y hacia cuantos la sustentan: jueces, policías… todos y a todos odiaba.

—Al parecer, sigue odiándolos, porque no quiere ayudarles.

—¡Que se vayan al diablo! —exclamó Maisie, repentinamente furiosa—. ¡Pandilla de inútiles y canallas! ¡Chupasangres que…!

De pronto se dio cuenta de que Fred la estaba mirando fijamente, con una expresión de pena en el rostro. Enrojeció, a la vez que bajaba la vista.

—Lo siento —dijo—. Fue…, se me escapó sin querer.

—Tal vez estaba necesitando un desahogo semejante —apuntó el joven en tono reposado—. Hable como mejor le parezca; no se cohíba por mí, se lo suplico. ¿Por qué odiaba a los jueces y a los policías?

La respiración de Maisie se hizo afanosa, y sus pechos, firmes y rotundos, atirantaron la tela del corpiño del traje de baño.

—A mi padre le pasó algo parecido —contestó, apretando mucho los labios—. No tenía a nadie más que él en el mundo. Mi madre murió cuando yo no había cumplido aún los diez años. El no quiso casarse jamás… decía que no existía en la tierra mujer capaz de sustituirla. Fue todo para mí y me enseñó su arte.

»A sus casi cincuenta años, era aún un hombre atractivo. Una de las artistas del circo, mujer ya madura, pero bella, se enamoró de él. Mi padre no le hizo el menor caso. Ella, despechada, le acusó de haberle robado unas joyas. Lo condenaron. Murió de vergüenza en la cárcel. Aquella mujer fue despedida del circo, pero el mal estaba ya hecho.

—La sociedad no tiene culpa de lo que le pasó, Maisie —dijo él suavemente.

—¿Qué sabe usted? —exclamó ella con vehemencia—. Ha vivido una vida feliz, fácil, aunque no niego que haya podido trabajar mucho, pero sin otras preocupaciones que las derivadas de encontrar esa maldita fórmula… A pesar de todo, reconozco que tenía pocos años y que me dejé llevar por la rabia y el odio.

»Un hombre se percató de estas circunstancias. Insidiosamente,

se apoderó de mi ánimo y me propuso vengarme, ya que no de la que había enviado a mi padre a la cárcel, de todas las personas que podían hacer un día algo parecido, es decir, las que tenían joyas y las querían más que a su propia sangre. Mi trabajo como trapecista y mi total ausencia de vértigo, más unas cuantas lecciones que me dio el tipo, fueron suficientes. El adquiría los informes precisos, estudiaba el terreno… y yo ejecutaba los golpes; así de sencillo.

Barrows encendió un segundo pitillo.

—Excepto que, a menos que me equivoque rotundamente, ese tipo se aprovechaba de sus latrocinios y se llevaba la parte del león. Usted corría con los riesgos y él recibía los beneficios. ¿No es cierto que así lo hacía Jock Hays?

Ella le dirigió una mirada de sorpresa.

—No fue Hays mi *profesor* —manifestó—, sino Andy Seagham, un individuo vago e inútil, pero muy guapo y con la suficiente labia para volverme el seso del revés. Hays fue el sujeto que, despechado porque no accedía a sus pretensiones, montó la trampa que me envió a Corona para vengarse de mí.

—Eso no lo sabía yo —dijo Barrows, refiriéndose al primero de los dos hombres mencionados—. Pensé que Hays había sido su…, su profesor. De modo que Seagham le sorbió el seso, ¿eh?

—Sí, pero no en la forma que está pensando —contestó ella bruscamente—. Hay cosas que nunca me ha gustado hacer, pese a que pueda parecer —y acaso lo sea—, una chica carente de sentimiento. No será porque Seagham no lo intentase, pero la sociedad que establecimos fue meramente mercantil, por decirlo de alguna forma.

—¿Dónde está ahora? —preguntó él.

Maisie levantó los hombros.

—No lo sé. Dejó de interesarse por mí, en cuanto no le rendía ya beneficios económicos.

—Pero usted sabe dónde vive. O vivía, al menos —apuntó el joven.

—Naturalmente —admitió ella.

—Entonces, ¿no le parece que resultaría conveniente hacerle una visita para enterarnos de sus actividades durante la noche en que Jock Hays fue asesinado?

Maisie respingó.

—¡Cómo! ¿Supone que Andy «apioló» a Jock?

—Es una hipótesis, pero convendría tenerla en cuenta, ¿no le parece?

Maisie reflexionó unos momentos.

—Imposible volver a San Francisco —denegó al cabo.

—¿Por qué?

—Mi fotografía ha circulado ahora con más profusión que la de cualquier artista cinematográfica. No llegaríamos siquiera a rebasar los límites urbanos, y ya tendríamos encima a un batallón de policías.

—Tal vez si se disfrazase… —sugirió él.

—Tendré que pensármelo —contestó Maisie—. No me agradaría acabar en el calabozo, sin haber tenido 3a ocasión de haber probado mi inocencia previamente. Esos malditos polizontes no me dejarían abrir la boca más que para decir sí a todo lo que ellos me preguntasen.

—Aunque la detuvieran, yo quedaría fuera para ayudarla. —El joven sonrió—. Dos de los Barrows son abogados; y no malos, pese a su juventud.

—Tendrían que ocuparse también de su hermano Fred, el cual sería detenido inmediatamente por complicidad con una ladrona y asesina. —Maisie se puso en pie, estirando su maravilloso cuerpo con gesto complacido por las caricias del sol—. No. Seguiremos aquí una buena temporada… a menos que usted me eche a patadas, Fred.

Barrows dirigió una profunda mirada a la muchacha.

—¿Cómo puede pensar siquiera que se me iba a ocurrir una cosa semejante? —protestó.

Maisie se ruborizó intensamente.

—Sería mejor que volviésemos a la cabaña. Es hora de preparar la comida.

—Una buena idea —contestó Barrows, empezando a recoger las cosas—. Así como así, tengo el estómago como si no hubiese comido en una semana.

Después de haber puesto todo en la bolsa de baño, agarró la mano de la muchacha. Maisie se estremeció, pero no dijo nada ni tampoco intentó retirar su mano. En silencio, regresaron a la cabaña.

CAPÍTULO VIII

Sangrando por la cara y por distintas regiones de su cuerpo, irreconocible casi por completo, Burt Hake se arrastró por el suelo, implorando la compasión de los forajidos que le estaban martirizando.

—Te lo juro… Rico —jadeó, escupiendo sangre al mismo tiempo, por entre los labios reventados a golpes—. No sé de qué libros me hablas…

Ricci se acarició la mandíbula con gesto pensativo. Llevaban mucho tiempo torturando a su prisionero, y éste había negado siempre ser el autor del robo de los libros. La convicción de que había cometido un error penetró poco a poco en su cerebro.

Miró a sus dos esbirros.

—Parece sincero —comentó.

—Es posible —admitió Canillo, lacónicamente.

—Tal vez —dijo Sangani con voz neutra.

Ricci meditó unos segundos. Había llegado a un punto del cual no podía retroceder.

Si dejaba en libertad a su competidor, iría a denunciarles a la policía, no sólo por los daños que le habían causado, sino por el asesinato de su guardaespaldas. Hake había visto demasiado ya. Era forzoso impedirle que hablase, a toda costa.

La habitación era un sótano de la casa de campo que Ricci poseía fuera de la urbe, en un lugar relativamente aislado. El suelo era de tierra batida.

Miró a Canillo y le hizo un gesto con la cabeza. Éste comprendió.

Hake comprendió también cuando vio a Canillo desenfundar su pistola. El preso lanzó un chillido horroroso.

La bala le alcanzó en un lado de la cara, derribándole de costado. Pese a todo, no había muerto; pateaba y se estremecía frenéticamente, a la vez que emitía unos rugidos horrendos.

—Si se hubiera estado quieto —sé quejó Canillo. Inclinándose, aplicó la boca del cañón al cráneo de Hake y apretó el gatillo. Los movimientos del prisionero cesaron en el acto.

Ricci se dirigió hacia la escalera.

—Enterradlo aquí mismo —dispuso tranquilamente—. Voy arriba a descabezar un sueñecillo; despertadme cuando hayáis terminado.

—Bien, jefe —contestaron a dúo los dos gorilas.

El trío de asesinos llegó a San Francisco después de mediodía. Comieron y descansaron un rato. Luego, Ricci estuvo resolviendo por teléfono varios asuntos referentes a sus «negocios».

A las diez de la noche recibió una llamada telefónica personal.

—Rico —dijo una voz—. Soy Choaney.

—Creí que te habían echado a la bahía —gruñó el «gángster»—. ¿Qué has conseguido averiguar?

—Sé dónde está el científico. Es de suponer que «La Rata» esté con él.

—¿Y…?

—La información me ha costado bastante —se quejó el investigador.

—Ven pasado mañana a verme y te daré quinientos —prometió Ricci—. Vamos, suéltalo ya.

—Conforme, Rico. Un conserje de una residencia estudiantil me dijo que el profesor solía ir a pasar sus vacaciones a una cabaña que tiene en Del Monte, a unos ciento veinte kilómetros al sur. Está fuera de la ciudad, sobre unos acantilados. No supo darme más detalles.

—Conforme, Pet.

—No te olvides de los quinientos, Rico —le recordó el investigador.

—Debieras saber que yo cumplo siempre lo que prometo —dijo Ricci, ásperamente. Colgó el aparato y miró a sus dos acólitos—. Bueno, ya sabemos dónde está.

Canillo sacó su revólver e hizo girar el barrilete.

—¿Cuándo? —preguntó lacónicamente.

Ricci meditó unos segundos.

—Partiremos de madrugada, con objeto de llegar a Del Monte a primera hora de la mañana. Desconocemos el terreno, y no podemos hacernos demasiado conspicuos preguntando en todas las cabañas de la costa. Con la luz del día, la encontraremos antes.

—Muy bien —contestó Sangani, por él y por su compañero.

* * *

Pet Choaney colgó el teléfono, sumamente satisfecho por el dinero que le había prometido Rico. Abrió la puerta de la «cabina» telefónica y entonces se encontró con un sujeto que le apuntaba con una pistola, cubierta por un periódico.

—Tengo un coche esperándole ahí —dijo—. ¿Quiere subir, por favor?

Choaney sintió un nudo en la garganta. ¿Quién diablos era aquel tipo?

—Por favor —insistió el desconocido.

Choaney obedeció en silencio, llenó de pánico en su interior. Precedió al sujeto hasta llegar junto al automóvil largo y negro, que estaba aparcado al lado del bordillo de la acera.

—Entre —dijo una voz desde las sombras—. No haga ningún gesto hostil; le estoy apuntando con una pistola dotada de silenciador.

Choaney se sentó junto al desconocido. El coche arrancó casi de inmediato.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Paul Mreka.

—No…, no le entiendo —contestó Choaney con voz trémula.

—No se haga el desentendido —dijo Mreka fríamente—. Usted ha proporcionado a Ricci unos informes. Quiero conocerlos. Mil dólares o un tiro, elija.

La mente de Choaney funcionó con rapidez. Mil dólares o un balazo, repitió para sus adentros. La cosa no ofrecía dudas.

Ignoraba quién podía ser aquel sujeto que hablaba tan educadamente, pese a la pistola que empuñaba en su mano derecha. Tampoco le importaba demasiado. Y ni siquiera podía tener la seguridad de que Ricci cumpliera su promesa.

—Hacia el sur —contestó al cabo.

—Muy bien —dijo Mreka, satisfecho—. Ahora, cuénteme el resto.

Mreka escuchó en silencio la información. Cuando Choaney hubo terminado, ordenó:

—Usted se vendrá con nosotros, a fin de que podamos comprobar la veracidad de sus manifestaciones. Entonces le pagaré los mil dólares.

A Choaney no le quedó otro remedio que obedecer.

Mreka, sin embargo, no cumplió su palabra. Una hora más tarde sonó un ruido apagado en el interior del automóvil.

El conductor detuvo el vehículo en un lugar solitario. A continuación, los dos hombres sacaron el cadáver de Choaney y lo arrojaron por un terraplén vecino.

El cuerpo del investigador rodó por la pendiente, hasta quedar escondido entre unos matorrales que crecían al pie del mismo. Mreka y el chofer se miraron en silencio y sonrieron.

—Nos hemos ahorrado veinte mil dólares —dijo Mreka, sumamente satisfecho. Aquella suma pasaría a su poder, lo cual no le impediría justificarla en la cuenta de gastos que presentase más adelante.

—Sí —dijo el conductor lacónicamente.

Volvieron al coche. Reanudaron la marcha.

Los ojos muy abiertos de Choaney reflejaban vanamente la luz de las estrellas.

* * *

Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, Fred Barrows abrió la puerta del dormitorio y escuchó unos instantes.

No se oía otro ruido que el de la sosegada respiración de Maisie. Cautelosamente, pisando de puntillas, llegó al armario y lo abrió, extrayendo del mismo el bolso con que ella había aparecido tan inesperadamente en su laboratorio de los Apartamientos Mesita. Salió del dormitorio y, sin pérdida de tiempo, se encaminó al otro laboratorio.

Encendió las luces y empezó a hurgar en el contenido de la bolsa, admirándose de la cantidad de utensilios extraños que había en la misma. Luego sacó la caja de las joyas y su admiración subió

de punto, cuando las gemas emitieron mil cegadores destellos, al reflejar las lámparas del techo.

Pero ni las herramientas ni las joyas le interesaban tanto como los tres libros que yacían en el fondo de la bolsa. En realidad, eran unos simples cuadernillos, con tapas semirrígidas, de forma apaisada y del tamaño de una cuartilla. Dejando la bolsa a un lado, tomó la primera libreta, se sentó ante una mesa y empezó a revisar su contenido.

Una hora más tarde, decepcionado, tuvo que admitir que sólo se trataba de unos libros comerciales, llevados en forma más bien rudimentaria, aunque aquella contabilidad no careciese de cierta eficacia, al menos para el propietario del negocio. Pero le extrañaba muchísimo el enorme interés que la policía, y en especial los federales, tenían por semejantes documentos.

Encendió un cigarrillo y contempló el humo pensativamente. Aquellos libros eran muy importantes, desde luego; cuando la F. B. I. había recurrido a los servicios de una… «Una ladrona, sí, dilo de una vez», exclamó casi en voz alta, súbitamente enojado.

—Bueno —continuó con su soliloquio—, cuando los federales tienen tanto interés en estas libretas, es que contienen algo de verdadera importancia. ¿Las cuentas privadas de un «gángster»?

Sus dedos tabalearon sobre la superficie de una de las hojas del cuaderno que tenía frente a sí. De pronto se percató que la luz de la lámpara que tenía sobre la mesa le hería casi en los ojos.

Alargó el brazo y desvió un poco el de la lámpara. Entonces notó que algo chispeaba tenuemente en la hoja de la libreta.

Frunció el ceño. La chispa procedía de una de las letras escritas en el papel.

Volvió la lámpara a su posición primitiva y el brillo desapareció. Colocó el foco de luz en la misma forma que antes, y el brillo apareció nuevamente.

Una intensa excitación se apoderó de su ánimo, al comprender que había descubierto, siquiera hubiese sido por simple casualidad, el truco de que se había valido el dueño de aquellas libretas para esconder su mensaje entre unas líneas comerciales de aparente inocuidad. Pero tropezaba con un fuerte escollo: la propia luz de la lámpara. A pesar de que la situó varias veces en distintas

posiciones, no resplandecieron más letras de las que había escritas en aquella página, ni en las siguientes o en las precedentes.

De pronto se le ocurrió una idea. Tenía algo mejor que, esperaba, haría salir a la superficie el mensaje criptográfico. Algunas veces, para sus experimentos, había tenido necesidad de emplear el instrumento.

Tratábase de una lámpara de rayos ultravioleta o, como corrientemente se dice, de luz negra. La sacó de un armario y la conectó a la corriente, apagando luego todas las luces, excepto una que dejó en un rincón, para permitir que el laboratorio quedase en una penumbra que era apenas poco más que las mismas tinieblas.

Enfocó la lámpara ultravioleta sobre la primera página de la primera libreta. Al lado tenía un cuaderno de notas y un lápiz.

En aquella página destacaron inmediatamente media docena de letras y tres o cuatro guarismos, todos los cuales anotó puntualmente en su libreta. A continuación pasó a la página siguiente.

Resultó una labor larga y tediosa. Eran las cinco de la mañana cuando, al fin, se encontró con cinco páginas llenas de letras y números que, no hacía falta que nadie se lo dijera, dada su profesión, eran los componentes de una serie de fórmulas y cálculos sobre lo que parecía ser un nuevo tipo de combustible.

Sintióse sumamente satisfecho de su descubrimiento. Ahora ya sabía por qué la
F. B. I.
se sentía tan interesada por las libretas. Era un caso clarísimo de espionaje. Maisie no podía suponérselo, desde luego; ella debía pensar que se trataba simplemente de los libros de cuentas de un «gángster», a quien los federales querían atrapar por defraudación al fisco. Pero allí había algo que valía mucho más que los miles de dólares que Ricci pudiera deber al Tesoro Público.

Repasó la fórmula minuciosamente. Una o dos veces hizo un gesto de desagrado, al observar la composición molecular de algunos elementos de la misma. Podía mejorarse, en su opinión, aunque no habiendo sido redactada por él, no parecía ético inmiscuirse en un asunto que, a fin de cuentas y hasta cierto punto, no le interesa demasiado.

Sintió cansancio de pronto, y empezó a pensar en un buen café

con tostadas. Se puso en pie, dispuesto a prepararse el desayuno inmediatamente, giró sobre sus talones y entonces se tropezó con Maisie cara a cara.

La muchacha le contemplaba con una singular expresión de tristeza pintada en su lindo rostro.

—¿Por qué ha hecho eso, Fred? —preguntó con acento lleno de amargura.

Barrows extendió la mano.

—Un momento, Maisie; déjeme explicarle…

Ella sacudió la cabeza.

—Usted es igual que todos los demás hombres que conocían mis problemas y me prometieron su ayuda —manifestó decepcionalmente—. Se aprovechó de mi sueño para registrar el bolso y examinar su contenido. Supongo —añadió—, que pensaba escapar ahora y llevarlo todo al inspector Carrigan.

—Escuche un momento, Maisie —rogó él—. Deje que le explique lo que he hecho, insisto en ello. Admito que las apariencias me condenan, pero, suponiendo que fuese cierto, ¿no cree que tengo derecho a ser escuchado y exponer mis descargos? Esos cuadernos no son lo que usted cree —alegó—; contienen…

—¡Yo sé lo que contienen! —exclamó en aquel momento una voz, interrumpiendo la vehemente peroración de Fred Barrows.

CAPÍTULO IX

Los dos jóvenes volvieron la cabeza a una, enormemente sorprendidos al verse ante dos sujetos completamente desconocidos para ellos, en cuyas manos podían verse sendas pistolas. Ambos vestían de negro y con toda corrección.

No parecían «gangsters», fue la deducción a que llegó Barrows en un instante, después de observar su atuendo y aspecto fisonómicos. Las pistolas, además, tenían un largo cilindro adosado al extremo del cañón, que supuso acertadamente debía tratarse de un silenciador.

Luego, si no eran unos «gangsters», sólo podían ser una cosa: los espías que querían hacerse con los libros.

—Soy el profesor Barrows —se presentó calmosamente—. La señorita Maisie Jean.

—Conocemos sus nombres —dijo Mreka, tranquilo. Miró perspicazmente en todas direcciones, y sus ojos se iluminaron de pronto—. Ah, afortunadamente hemos llegado a tiempo.

Barrows se apoyó con aire negligente en la larga mesa del laboratorio, cubierta por completo de aparatos científicos.

—¿Buscan esas libretas, por casualidad? —preguntó cortésmente.

—Por casualidad, no; por necesidad —corrigió Mreka.

—Muy bien dicho —aprobó el joven—. Ahí las tienen, lléveselas.

Maisie estaba a su lado. Disimuladamente, tocó su tobillo con el pie. Ella entendió de inmediato; el joven se disponía a actuar.

—Muchas gracias, es usted muy amable —alabó Mreka—. Karl, por favor.

—Al momento —contestó el chofer.

Barrows levantó la mano.

—Un instante —dijo.

Mreka le miró interesadamente.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que piensan hacer con las libretas?

—Llevárnoslas, por supuesto.

—¿Y después?

Los ojos de Mreka se fijaron por un segundo en la pistola que empuñaba.

—Lo siento —suspiró—. No me queda otro remedio, créame. ¿Vamos, Karl?

El conductor se dirigió a la otra mesa, que estaba situada a unos pasos a la derecha de los dos jóvenes. Entonces, Barrows, al enderezarse, tocó con el codo una probeta llena de líquido y tapada con un tapón de vidrio, que estaba situada en el borde de la mesa destinada a los trabajos de laboratorio, y la derribó al suelo.

Inmediatamente se produjo una vivísima llamarada, seguida de una espesa humareda blanca.

—¡Ahora, Maisie! —gritó, lanzándose en plongeón hacia adelante, a través de la nube de humo.

Su cráneo chocó contra la mandíbula de Mreka, derribándolo al suelo sin sentido. Inmediatamente se volvió hacia la muchacha.

Pero Maisie no necesitaba ninguna ayuda. Aprovechándose de la sorpresa, había girado sobre sí misma, atrapando la mano derecha de Karl antes de que éste, aturdido por el inesperado estallido, se pusiera en condiciones de actuar. Maisie tenía una fuerza poco común en una mujer y, además, conocía una serie de trucos que habrían podido sorprender a más de un luchador profesional.

Su mano derecha golpeó con dureza el puente de la nariz de Karl, cuyos ojos se llenaron instantáneamente de lágrimas. Luego, aprovechándose de su relativa indefensión, le retorció el brazo derecho, haciéndole soltar la pistola, que cayó al suelo del laboratorio.

Karl gritó. Entonces, Maisie le aplicó una nueva presa. El chofer dio una voltereta en el aire y cayó al suelo con sordo golpe, gimiendo sordamente.

—¡Bravo! —elogió Barrows, a la vez que recogía la pistola de Mreka—. Ha sido todo un espectáculo, Maisie.

—Gracias —contestó ella, sonriendo satisfecha—. ¿Qué hacemos

con estos tipos?

—Yo me cuidaré de ellos, mientras usted va al dormitorio y trae una sábana hecha tiras. Les dejaremos atados y amordazados para que no puedan seguirnos.

—Muy bien —aprobó la muchacha.

Un cuarto de hora más tarde, Mreka y su acólito estaban inmovilizados por completo. Los ojos del primero contemplaron con furia a la pareja. Pero no podía hablar; la mordaza que cubría su boca le impedía emitir otra cosa que no fueran unos sonidos inarticulados.

Barrows volvió las libretas a la bolsa de la joven, junto con el cuaderno en que había anotado la fórmula disimulada en los asientos comerciales.

—Vamos a la cocina —dijo—. Tenemos que tomar algo antes de emprender la marcha.

Se desayunaron rápidamente.

—¿A dónde iremos ahora? —quiso saber ella.

—A buscar al hombre que asesinó a Jock Hays, pero antes habremos de escondernos durante el día.

—Habrá barreras policiales. No podremos pasar —objetó ella.

—Aguarde un momento —sonrió Barrows.

Salió de la cocina y se encaminó al laboratorio, del que regresó unos minutos más tarde, con dos frascos en las manos.

—Usted se teñirá el cabello de rubio y yo, de negro. Esperan ver a una pareja, con el pelo rubio él, y ella con el pelo negro. Esto será más que suficiente para despistar a la policía.

Maisie miró a través de la ventana. Ya empezaba el nuevo día.

—De modo que ha cambiado de opinión.

—¿Se refiere a los libros? Oh, no, claro que no. Por supuesto que deseo entregarlos, pero a su debido tiempo. Junto con las joyas y el asesino de Jock Hays.

—¿Andy Seagham?

—Usted debe saberlo mejor que yo, ¿no? ¿Quién otro, si no, podría haberlo hecho? ¿No dice que estaba resentido contra Jock Hays?

—Así es —reconoció ella—. Se enfadó mucho cuando fui a la cárcel por culpa de Hays.

—Bien, entonces no se hable más. Hemos de preparamos para

marchar cuanto antes.

—¿Qué hará con los prisioneros?

—Dejarlos ahí —contestó él—. Hay vidrios suficientes para que, al cabo de un rato, no sepan romper una botella y cortar sus ligaduras. Vamos, dese prisa; no podemos perder el tiempo.

Maisie se acercó al joven y le tomó por el brazo, a la vez que le contemplaba con expresión lastimera.

—Tiene que perdonarme, Fred —rogó—. Me he portado mal con usted.

—Juzgó por lo que veía —contestó él.

—Pero no quería escucharle. Yo…, yo…

—Está bien, Maisie, no se me ponga sentimental ahora. Estamos perdiendo el tiempo.

—Aguarde un momento —dijo ella—. ¿Por qué hace todo esto? Usted es un hombre decente y honrado; yo, una ladrona… una rata de hotel, hablando claro.

—Y yo una rata de laboratorio —rió Barrows—. De distinta familia, pero de la misma especie. No quiero que vuelva a robar más, como no sean corazones masculinos, ¿entiende?

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Gracias, Fred —contestó. Y de repente, escapó a todo correr hacia su cuarto.

El joven meneó la cabeza.

—Estas mujeres —suspiró.

* * *

Rico Ricci y sus tres acólitos encontraron la cabaña poco después de las siete de la mañana.

—Aquí debe ser —exclamó el «gángster», al desembarcar del coche.

Sacó la pistola, lo mismo que Canillo y Sangani. Separados prudentemente, avanzaron hacia la casa.

Momentos después se reunían en el pórtico, completamente desorientados.

—No están —dijo Ricci, irritado por la desaparición de la pareja.

—Choaney les habrá dado el soplo —apuntó Sangani.

—No lo creo. En todo caso…

Canillo le interrumpió súbitamente:

—¡Ey, jefe! ¡Ese cobertizo! ¡No lo hemos registrado!

—Vamos a ver —ordenó Ricci.

Se llevaron una enorme sorpresa al encontrarse a Mreka y su compinche tendidos en el suelo, atados como salchichones. Los cálculos de Barrows habían resultado equivocados; no habían podido soltarse.

Ricci hizo que los liberasen.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —preguntó hoscamente.

—Eso no le importa a usted —contestó Mreka—. Llegamos, y es suficiente.

El cerebro del «gángster» trabajó activamente. Alguien había dicho a Mreka que el profesor y «La Rata» estaban escondidos en aquella cabaña. La presencia de Mreka en aquel lugar sólo podía deberse a una cosa.

—Muy bien —convino con aparente cortesía—. ¿Qué les pasó?

—El profesor arrojó un explosivo y quedamos cegados. Nos desarmaron y luego nos ataron. Desaparecieron, llevándose los libros.

—De modo que los libros siguen en su poder, ¿eh?

—Así es.

—Y usted, al venir aquí, pensó que podría ahorrarse lindamente los veinte mil dólares que faltaban por entregarme.

Mreka alzó la barbilla con gesto desafiador.

—Eso no tiene ningún interés para usted, Ricci. Además, hicimos un trato y no lo ha cumplido; de modo que déjeme pasar y acabemos cuanto antes.

—Un momento —dijo Ricci, apoyando la mano en el pecho de Mreka—. Estoy seguro de que el profesor y la chica se largaron con los libros, pensando en forzar a los federales para que la exculpen del crimen. Me imagino dónde podré encontrarlos, así que volveremos a San Francisco inmediatamente.

—¿Y…?

Los ojos del «gángster» centellearon siniestramente.

—Mreka, si ustedes están aquí sólo puede deberse a una cosa: querían burlarme. Y nadie se burla de mí impunemente. Yo me apoderé de esos libros porque usted y yo hicimos un trato, que luego quería romper, en provecho propio. Me imagino que usted no

es un pez muy gordo, aunque tampoco demasiado pequeño. Pero debe haber alguien más por encima de usted, y cuando ese alguien compruebe que tarda en aparecer, verá de ponerse en contacto conmigo. Yo habré recuperado ya esos libros, y entonces, en vez de los veinte mil dólares que me faltan, pediré cien mil más o los quemaré.

—¿Y cómo sabe que yo voy a tardar en aparecer? —preguntó Mreka.

—Porque voy a matarle ahora mismo —contestó Ricci.

Y apretó el gatillo. Karl corrió la misma suerte, segundos más tarde.

—¡Pegad fuego a la casa! —ordenó Ricci, cuando los dos cuerpos hubieron quedado inmóviles.

CAPÍTULO X

El jefe de policía de Santa Cruz pasó el teléfono al inspector Carrigan.

—Es para usted. De San Francisco —anunció.

Sharey se puso en pie de un salto, y se acercó a la mesa, tomando un supletorio para escuchar lo que decían a Carrigan.

—Inspector, hemos averiguado que el profesor Barrows tiene una cabaña al sur de Del Monte, sobre un promontorio rocoso, junto a la costa. Suponemos que es allí donde se escondió con «La Rata».

—Gracias. —Carrigan colgó el aparato y miró al agente especial —. Ya los hemos localizado.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —exclamó Sharey, que tenía los nervios de punta.

Los dos hombres se despidieron del jefe de policía de Santa Cruz y partieron inmediatamente hacía Del Monte, acompañados por los agentes Santorio y
O'Brien.

Media hora más tarde oyeron aullidos de sirenas. Tuvieron que echarse a un lado, para permitir el paso a un par de coches de bomberos y una ambulancia.

Cuando llegaron a la cabaña del profesor, los bomberos estaban en plena actuación. Carrigan y Sharey descendieron del auto con la boca abierta de par en par.

—¡Eh, apártense! —les ordenó un policía uniformado.

Carrigan sacó a relucir su insignia.

—Soy el inspector Carrigan, de San Francisco. Éste es el agente especial Sharey, de la
F. B. I.
—presentó—. ¿Qué ha sucedido aquí, agente?

—El chiflado que vivía en esta cabaña —contestó el policía, en tono enojado—. Era químico y alguno de sus experimentos debió salirle mal. La casa y el laboratorio han ardido como la yesca. Ustedes mismos han podido verlo.

Carrigan y Sharey se miraron mutuamente. Ambos habían llegado a una misma conclusión, sin necesidad de consultarse por la vía verbal.

El propietario de los libros había sorprendido al profesor Barrows y a la chica, matándolos a ambos. Luego había pegado fuego a la cabaña, con objeto de borrar las huellas de su delito.

Una sensación de fracaso se apoderó de los dos hombres.

—Se nos anticiparon —comentó Carrigan lúgubremente.

—Y los libros volaron. —Sharey estaba a punto de echarse a llorar.

Poco después, los camilleros de la ambulancia sacaron dos montones de carne carbonizada.

—Ahí va una de las mujeres más guapas que he conocido jamás —suspiró Carrigan.

—Y un tonto que se dejó influir por sus ojos lindos —masculló Sharey, dominando difícilmente su rabia.

—¿Nos quedaremos a ver el resultado de la autopsia? —sugirió el inspector.

Sharey se encogió de hombros.

—No tengo ninguna prisa en volver —confesó.

Carrigan dio una orden a Santorio.

—Hable con San Francisco y vea qué novedades se han producido en nuestra ausencia.

—Sí, señor.

Los dos hombres marcharon tras la ambulancia. Carrigan habló con el jefe de policía de Del Monte y éste, a la vista de la importancia del caso, hizo que el forense acelerase los trámites. A pesar de todo hubieron de pasar varias horas antes de que el médico policial tuviera el resultado de su autopsia.

Mientras tanto, los agentes de San Francisco habían obtenido algunos datos. Santorio los recogió por teléfono y se los traspasó al inspector.

—Rico Ricci salió de su casa a las cinco de la mañana, acompañado de Canillo y Sangani, en dirección al sur. Regresó poco

antes del mediodía.

Carrigan se frotó la mandíbula.

—¿Qué diablos habrá hecho ese pajarraco fuera de la ciudad? —masculló entre dientes.

—¿Habrá ido a buscar los libros? —sugirió Sharey, esperanzado.

—Tal vez —opinó el inspector—. De todas formas, cuando regresemos nosotros a San Francisco, tendré mucho gusto en platicar con él un buen rato.

El informe de la autopsia llegó por fin.

—Los restos hallados corresponden a dos personas del sexo masculino —dijo el forense sucintamente—. Ambos murieron previamente por heridas de bala. Uno de los cadáveres era un sujeto de unos cincuenta años; el otro era un hombre de treinta y tantos, los dos de raza blanca…

Carrigan y Sharey se miraron, maravillados.

—¡No son ellos! —exclamó el primero, alborozadamente.

—Pero tienen los libros —dijo el federal—. Y, además, cometieron un doble homicidio.

Carrigan asintió.

—Sí. —Apretó los labios—. Estaba dispuesto a creer que Maisie no había matado a Hays, pero ahora ya no puedo dudar de que se ha convertido en una mujer ávida de derramar sangre.

—Supongo que emitirá un boletín para que la busquen por todas partes —dijo el federal.

—Desde luego —contestó Carrigan—. Y esta vez no me dejaré engañar por sus protestas de inocencia. Pero —dijo con gesto preocupado—, ¿a quién diablos mataron?

—El diablo lo sabe —contestó Sharey, malhumoradamente.

* * *

Fred Barrows detuvo el automóvil delante de una casa de una sola planta, rodeada de jardín, y echó el freno de mano.

—Aquí vive mi hermana —dijo.

Maisie contempló el edificio, en silencio, durante unos momentos.

—Es una casa muy bonita —elogió.

—Dígaselo a ella —sonrió Barrows. Lanzó un suspiro de

satisfacción—: ¿Lo ha visto? Hemos pasado con toda facilidad por los puestos policíacos, sin que nadie se haya fijado en nosotros.

—Sí —contestó ella con sonrisa desvaída.

—Bueno, a casa. Descansaremos un rato y luego estableceremos un plan de ataque, ¿no le parece?

—Como quiera, Fred.

Se apearon del coche y cruzaron el jardín. Barrows tocó el timbre.

Una mujer alta y esbelta, de rostro agraciado, abrió la puerta, a poco.

—Ustedes dirán —habló al verles.

—¿Es usted la señora Poplar? —preguntó el joven, sonriendo—. Tengo el gusto de presentarle a una buena amiga, la señorita Jean, Maisie de nombre. En cuanto a mí, si mal no recuerdo, me llamo Frederick Barrows.

—¡Fred! —exclamó su hermana, alborozada—. Pero ¿qué demonios has hecho, que no te conocía? ¿Y tu pelo? ¿Por qué te lo has teñido?

—Calma, Anita, calma —sonrió Barrows—. Te lo explicaremos dentro de un rato, siempre que antes nos prometas a la señorita Jean y a mí, que puedes alojarnos unas horas o unos días, pues todavía no sabemos cuánto tiempo estaremos en tu casa.

—Claro, hombre, claro; eso ni se pregunta siquiera. Entren, por favor; no se queden en la puerta. —Anita Poplar miró a la muchacha—. Su cara me parece conocida, señorita Jean —observó.

—Estos días se ha hecho bastante popular —contestó su hermano—. ¿Dónde están tu marido y los chicos?

—Shane está trabajando, y los chicos en el colegio. Todos volverán entre cinco y seis de la tarde. ¿Les preparo una taza de café? —sugirió Anita.

—Desde luego. Enséñale el baño a Maisie. Yo voy a traer nuestros equipajes del auto.

—Muy bien. Venga conmigo, señorita Jean.

—Muchas gracias, señora Poplar —contestó la muchacha.

Barrows entró la bolsa de la muchacha, así como las dos maletas que pertenecían una a cada uno. Maisie salió enseguida, casi al mismo tiempo que la hermana del joven.

—Su cara me es conocida, señorita Jean —insistió Anita—. ¿No

nos hemos visto antes en alguna parte?

—Tú, a ella, tal vez; ella, a ti, no —dijo Barrows—. Has visto a Maisie en los periódicos acusada de ladrona y asesina.

Los ojos de Anita se desorbitaron.

—¡Claro! ¡Ahora me acuerdo! ¡Ésta es la chica apodada «La Rata», que tanto ruido ha armado estos días en los periódicos!

El rostro de Maisie se contrajo súbitamente. Anita lo advirtió, y se detuvo, súbitamente consternada.

—Me parece que he metido la pata, Fred.

—Un poco —convino Barrows—. Llámala Maisie, como yo, y olvida su apodo.

Anita tomó las manos de la chica.

—Perdóneme, Maisie; lo dije sin querer.

—No tiene importancia —repuso ella tristemente—. Todo el mundo me llama así desde hace mucho tiempo.

—Estoy segura de que cuando mi hermano está a su lado, usted no es la ladrona y asesina de que hablaban los periódicos —manifestó Anita con vehemencia.

—Yo también —dijo el joven—, aunque he de confesar que en los primeros momentos llegué a creer en su culpabilidad. Pero la policía no ha levantado esa acusación, y nosotros tenemos que luchar contra ella.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —preguntó Anita.

—Tienes que llamar a Tom y a Roy. Ellos son abogados, y podrán aconsejarnos. Maisie y yo tenemos que hacer una visita a un sujeto del que suponemos puede ser el asesino. Pero mientras no lo probemos, Maisie continuará siendo la culpable, a los ojos de la policía. —Barrows giró hacia la muchacha—. Tom y Roy son mis otros dos hermanos.

Ella asintió con la cabeza.

—Se trata de un asunto bastante serio —añadió Barrows, mirando a su hermana—. Necesitaremos toda la cooperación que puedan prestarnos en materia legal.

—Lo harán —aseguró Anita. Miró a Maisie—. Una chica con esa cara no puede ser una asesina.

Maisie sonrió débilmente.

—Muchas gracias, señora.

—Es la verdad —afirmó la hermana de Fred Barrows—. Pero

llámeme Anita, así de sencillo. Ahora, perdónenme los dos; voy a ver si localizo a Tom y a Roy.

Barrows y Maisie quedaron solos.

—¿Qué le parece el primer ejemplar de mi familia que ha conocido? —preguntó él.

—Muy guapa, pero más buena todavía —dijo Maisie, con la voz quebrada.

—Los Barrows hemos estado siempre muy unidos. Siempre nos defendimos unos a otros, en cualquier ocasión que uno de nosotros pudo necesitar ayuda de los demás. Shane Poplar, el esposo de Anita, es de la misma forma de pensar. También nos ayudará, créame. Aunque lo principal hemos de hacerlo nosotros dos.

—Sí, Fred —convino ella con voz neutra.

—A la noche, después de discutir con mis hermanos lo que se debe hacer, en el aspecto legal, iremos a visitar a Andy Seagham. Usted sabe dónde vive, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, no se hable más, Maisie. ¿Café otra vez?

Ella no contestó. Poniéndose en pie, se paseó por la estancia, sobriamente amueblada, pero con gran gusto. Por encima de todo, sin embargo, sobre cualquier mueble o detalle ornamental, lo que más destacaba era el ambiente marcadamente hogareño, que caracterizaba plenamente el interior de la casa.

Barrows la observó en silencio, dejándola hacer. Se dio cuenta de que Maisie estaba muy emocionada, cosa que se advertía fácilmente en los rápidos vaivenes de su esbelto seno. De pronto, la muchacha le volvió las espaldas y se quedó frente a uno de los grandes ventanales de la estancia.

El joven se percató de que ahora, los hombros de Maisie se movían de un modo anormal. Aplastó el cigarrillo que fumaba en un cenicero y se puso en pie.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó suavemente, apoyando ambas manos en la parte alta de los brazos de la muchacha.

Maisie inspiró con fuerza.

—Es… la casa… usted, su hermana… Tuve un padre que me quería mucho, es cierto…, pero siempre viví en un ambiente completamente distinto —contestó ella con voz entrecortada—. Esta casa… representa lo que yo siempre deseé… y nunca pude

conseguir. Un hogar feliz, un marido, unos hijos…

De repente se volvió, escondió la cara en el pecho del joven, y rompió a llorar convulsivamente.

Era una reacción lógica, y Barrows comprendió que debía permitir que Maisie se desahogase de aquella manera.

CAPÍTULO XI

Rico Ricci se paseó por la estancia, con un vaso medio lleno en la mano, mientras Canillo y Sangani le escuchaban atentamente.

—Choaney nos mencionó a «La Rata» —decía—. Hemos leído en la Prensa bastantes cosas de esa chica. Es fuerte, ágil y astuta; sólo una mujer como ella podía haber entrado en este piso por la ventana.

»Pero ¿por qué diablos tuvo que aliarse con un profesor imbécil, una rata de laboratorio? Y, sobre todo, ¿para qué quería ella esos libros? Estrictamente, a nosotros nos importan un rábano, a no ser por el dinero que puedan proporcionarnos. A Maisie Jean le interesaban y nos los quitó. ¿Por qué?, me pregunto.

Canillo y Sangani permanecieron silenciosos. Ricci tomó un nuevo trago y continuó sus paseos.

—Hemos averiguado bastantes cosas de la chica. Por ejemplo, que Hays anduvo detrás de ella bastante tiempo, y que, cuando fracasó en sus esfuerzos por conseguirla, le montó la trampa que la envió a la cárcel de Corona. Andy está bien enterado de ese asunto, puesto que es su profesor, digámoslo así; él le enseñó la mayoría, por no decir todos los trucos que sabe.

—Quizá haya ido ahora a ver a Seagham —apuntó Canillo.

Ricci meneó la cabeza.

—No. ¿Por qué había de hacerlo? Hace ya tiempo que no se ven. Andy lo ha dicho bien claro; toda la relación existente entre los dos, quedó cortada en cuanto ella fue a parar a Corona. —Frunció el ceño—. La emplearon los federales, seguro, porque sabían que los libros estaban aquí, pero no tenían la seguridad plena que les permitiera obtener un mandamiento de registro. Así se cubrían las espaldas, en caso de que se denunciase el robo…

El timbre de la puerta sonó de pronto, interrumpiendo la peroración del «gángster». Canillo y Sangani metieron inmediatamente la mano en el interior de sus chaquetas.

Ricci movió la cabeza. Sangani se dirigió hacia la puerta, en tanto que Canillo quedaba en el centro de la estancia, listo para sacar la pistola inmediatamente.

Un segundo más tarde, Sangani se volvía hacia su jefe, con expresión de pánico.

—¡Es el inspector Carrigan!

Ricci se quedó perplejo un instante, pero reaccionó enseguida.

—Calma, muchachos —aconsejó—. No perdáis los nervios; dejadme hablar a mí con el polizonte. Anda, abre, Sangani.

El pistolero abrió la puerta. Carrigan entró, seguido del federal.

—Hola, Ricci —saludó secamente.

—¿Qué tal, inspector? —contestó el «gángster» en tono cortés.

—Éste es el agente Sharey, de la

F. B. I.

—presentó Carrigan.

—Encantado, señor Sharey —dijo Ricci—. ¿En qué puedo servirles? ¿Una copa?

—Gracias. No bebemos —replicó Sharey por los dos.

—A su gusto, caballeros. Tomen asiento, por favor.

—De ti no tomaría yo, si pudiera, ni el aire que hay en esta habitación —declaró Carrigan ofensivamente—. Mis hombres te han visto salir a las cinco de la madrugada hacia el sur y regresar poco antes del mediodía. ¿A dónde fuiste con tus gorilas?

—Teníamos ganas de darnos un baño de madrugada —contestó Ricci con desparpajo—. Los baños al amanecer son más deliciosos aún que a mediodía. Supongo —añadió con fingida ansiedad—, que un ciudadano honrado no tendrá prohibido…

—Si tú eres honrado, yo soy un lama del Tíbet —le atajó Carrigan sarcásticamente—. Tengo que hacerte unas preguntas, Ricci.

El «gángster» se encogió de hombros.

—Supongo que no puedo evitarlo.

—No. No puedes evitarlo. ¿Quién te vendió las joyas de la señora Van Thoren?

—¿Qué joyas? —preguntó Ricci.

—No te hagas el distraído. Las tenías tú aquí, con los libros que robasteis a aquel sujeto…, del que mejor será no hablar por ahora. ¿Fue Hays el que te las vendió?

—Me niego a contestar. No sé nada de joyas, inspector.

Carrigan le miró aviesamente.

—¿Te parecería bien que probásemos que tu coartada fue falsa y que asesinaste a Hays?

Una burlona sonrisa se formó en los labios del rufián.

—Inténtelo. Docenas de personas me vieron aquella noche. Se cubrirá usted de ridículo si me echa a mí las culpas de lo que hizo cierta zorra, cuyo nombre ha sido profusamente aireado en los periódicos de los días pasados.

—Docenas de testigos falsos, dirás mejor —exclamó Carrigan. Le apuntó con el dedo índice—. Ricci, te crees muy listo, pero el mejor día te encontrarás con que el agua te llega más arriba de la coronilla.

Y nadie levantará un solo dedo para salvarte.

—Ya tengo los suficientes años para no pedir ayuda a nadie, inspector —contestó en tono desafiante.

—Eso es lo que te crees tú —dijo Carrigan—. Cuando llegaste a Del Monte, a la cabaña del profesor Barrows, te encontraste allí a dos cadáveres. ¿Quiénes eran? ¿Los conocías?

—No. Jamás los había visto en mi vida —mintió Ricci.

Carrigan sonrió.

—De modo que viste los cuerpos antes de que el fuego los carbonizara, ¿eh?

Ricci soltó una maldición al darse cuenta del error que había cometido.

Canillo y Sangani le miraron, atónitos. El inspector estaba demostrando ser más listo de lo que ellos mismos creían.

Ricci trató de enmendar el resbalón:

—La cabaña ardía ya. Los cadáveres estaban en el laboratorio. Había muchas sustancias inflamables. ¿Cómo diablos pretende que entrase allí a salvar a unos desconocidos? —exclamó, de mal humor.

—¿Pudiste ver que no eran conocidos tuyos desde fuera y a través de las llamas? ¿Te diste cuenta también de que estaban muertos? ¿Avisaste a los bomberos de Del Monte? Esos dos tipos

fueron a Del Monte en un coche, es lógico suponerlo. ¿Qué hiciste del coche? ¿Lo arrojaste al mar por un acantilado?

Ricci empezó a perder la serenidad.

—Escuche, inspector —gritó furiosamente—, si trata de achacarme esas dos muertes…

—Tratamos únicamente de hallar unos libros que son vitales para la seguridad nacional, y que tú robaste para obtener una buena suma por ellos. Las demás muertes que se han cometido, son simplemente una secuela del robo de esos cuadernos. El Tío Sam no bromea con ciertas cosas, Ricci, te lo aseguro, así que ándate con cuidado. Ahora nos vamos, pero te convendrá mejor hablar antes de que sea demasiado tarde…, porque cuando quieras darte cuenta, las píldoras de cianuro estarán cayendo en el balde que contiene el ácido sulfúrico en la cámara de gas… ¡y tú estarás sentado encima de ese balde! ¡Vámonos, Sharey!

Los dos hombres salieron de la estancia. Una vez fuera, Sharey dijo:

—Le ha metido el miedo en el cuerpo, inspector.

Carrigan sonrió.

—Eso es, precisamente, lo que pretendía. Ha admitido que vio los cadáveres, lo cual significa que llegó a la cabaña del profesor antes de que se produjera el incendio, por lo menos.

—¿Y si fue él? —apuntó el federal.

Carrigan le miró pestañeando.

—¿Por qué había de liquidar a aquellos dos sujetos? —preguntó.

—¿Por qué estaban allí? —dijo Sharey.

Carrigan encendió la pipa, con gesto de preocupación.

—Ahora, Ricci está amedrentado. El siguiente paso lo tiene que dar él. Lo tendremos vigilado discretamente en todo momento.

—Se dará cuenta. Es un tipo astuto —objetó Sharey.

—Yo lo soy más —sonrió el inspector—. Mis hombres estarán lejos de la puerta, pero manteniéndola a la vista en todo momento. Usarán prismáticos, y tendré un enlace permanente de radio. Ricci tiene que ir a buscar los libros, no me cabe la menor duda.

—Sí, pero ¿a dónde? —quiso saber el federal.

—También a mí me gustaría saberlo —respondió Carrigan, meditabundo—. No obstante, y aunque nosotros sigamos investigando, por nuestra parte, dejemos que «El Toro» investigue

por su lado. Tal vez nos conduzca al lugar deseado.

—¡Ojalá sea así! —suspiró Sharey, no muy convencido.

* * *

Fue preciso que transcurrieran sus buenos diez minutos antes de que a Rico Ricci se le pasara el acceso de rabia que le había provocado la visita de los policías. Luego, diciéndose que las palabrotas y los puntapiés a los muebles no resolvían nada práctico, empezó a pensar en un medio de solucionar su no grata situación.

Lamentaba por un lado haberse metido en aquel embrollo, pero ya no podía hacer nada por evitarlo. Bueno, quizá con un poco de suerte…

—Los libros están en poder de «La Rata» —musitó, deteniéndose en el centro de la habitación, con un vaso lleno en una mano y un costoso cigarro en la otra—. Pero ¿dónde diablos está «La Rata»?

Canillo y Sangani permanecieron silenciosos.

—Esa chica —siguió Ricci— debe tener, indudablemente, un buen escondite. Quizá el mismo que utilizaba antes de ser encarcelada, una vez había terminado una de sus operaciones. —Sus ojos brillaron de pronto—. En tal caso sólo hay un hombre que pueda conocer ese escondite.

—Andy Seagham —exclamó Canillo.

Ricci hizo chasquear sus dedos.

—Justamente, el mismo —concordó con expresión satisfecha—. Iremos a verle, y le arrancaremos a la fuerza ese escondite. —Consultó el reloj—. Todavía es un poco pronto, sin embargo. Y, además, hay otro inconveniente.

—¿Cuál, jefe? —preguntaron los esbirros, a un tiempo.

—El inspector Carrigan. Seguro que ha dejado unos cuantos polizontes vigilando la casa. Seguirán nuestros pasos y…

Dio un par de vueltas en torno a la estancia.

—Éste es un problema que hemos de resolver —murmuró. De súbito, se le ocurrió una idea—. Canillo, Sangani, salid los dos y explorad el terreno. Canillo comprará algunos periódicos y revistas, para justificar su salida. Tú, Sangani, saldrás media hora más tarde y adquirirás un par de botellas de *whisky* y cigarros. Mirad bien por todas partes y, sobre todo, desconfiad de los sujetos parados junto a

una pared, que fingen leer un periódico. ¿Estamos?

Sonaron dos gruñidos de asentimiento.

—Una vez que hayáis vuelto, nos iremos por la noche por la puerta trasera del edificio, la que da al parque de la colina. Caminaremos a pie un rato y luego tomaremos un taxi, que nos llevará a la puerta de Lou Linazzo, quien nos tendrá ya preparado un coche. El nuestro debe seguir en el garaje del edificio, para despistar a la «bofia».

Sonrió torvamente.

—Así podremos ver a Seagham tranquilamente, sin necesidad de testigos —concluyó, sumamente satisfecho de la idea que se le había ocurrido.

CAPÍTULO XII

Fred Barrows, Maisie, Anita, el esposo de ésta y los dos hermanos de Fred, más sus esposas, estaban sentados en círculo, en el salón de la casa, elaborando su plan de acción.

Las noticias no eran buenas. Sobre una mesita baja, se veían los periódicos de la tarde, con escandalosos titulares, en los que se citaban el nombre del profesor y de su linda cómplice, como autores de un doble asesinato cometido en Del Monte.

—Nosotros no fuimos —protestó Fred—. Jamás tuvimos un arma.

—Pediremos un examen legal de los proyectiles hallados en el cuerpo de las víctimas —dijo Tom Barrows.

—Por otra parte —añadió Roy, el otro hermano— no existen pruebas convincentes de que hayáis sido vosotros los autores de ese doble crimen. La acusación de la policía está basada en suposiciones, no en hechos.

—Una acusación basada en el hecho de que dos personas hayan aparecido muertas en tu cabaña, no puede prosperar —dijo Tom.

—El hecho de poseer un edificio y que se encuentre en él —o en sus ruinas— un cadáver, no quiere decir necesariamente que el dueño haya de ser el asesino —alegó Roy.

—Os detendrán en los primeros momentos —añadió Tom—, pero la forma en que se ha producido el crimen permite solicitar un mandamiento de *habeas corpus*.

—O, por lo menos, la libertad bajo fianza —dijo Roy.

—Se la concederán a Fred —habló Maisie—, pero no a mí.

—¿Por qué? —quiso saber Roy Barrows.

—Porque yo tengo ya la acusación de haber matado a Jock Hays —contestó la muchacha.

—Hays estaba muerto cuando ella entró en él apartamiento de Ricci —declaró Fred con acento convencido. Y ella le dirigió una mirada agradecida.

—Ésa es la parte peor de todo el asunto —comentó Tom apagadamente.

—Si encontrásemos al asesino de Hays… —murmuró Roy.

—Maisie lo conoce —dijo Fred—. ¿No es cierto?

—Sí —contestó la muchacha.

Tom y Roy la miraron esperanzados.

—¿Quién es? —preguntaron casi a dúo.

—Andy Seagham —respondió Maisie—. Odiaba a Hays. Ignoro cómo pudo enterarse de que Hays estaba, en casa de Ricci, pero el hecho es que lo apuñaló minutos antes de que llegase yo.

—¿Qué hace ahora Seagham? —preguntó Tom Barrows.

Maisie se sonrojó y bajó la cabeza.

—Cuando estaba en Corona me llegaron ciertos informes… —murmuró.

—¿Y…? —dijo Fred.

—Ahora tiene a una sustituta. La está enseñando para que haga lo mismo que hacía yo —declaró Maisie con voz entrecortada.

—¡Qué canalla! —exclamó Anita, indignada—. ¡Aprovecharse así de las pobres chicas sin experiencia! ¡Debieran colgarle!

—Ya lo harán —afirmó Fred en tono lleno de seguridad—. Maisie y yo nos vamos a ocupar de ese asunto.

—¿Qué es lo que pensáis hacer? —inquirió Roy.

—Maisie me guiará hasta la casa de Seagham. Una vez allí, le obligaremos a hablar.

Los dos abogados parecieron examinar el plan.

—No es mala idea —aprobó Tom al cabo—. Pero ¿qué harás si no confiesa? Debéis recordar que la policía os está buscando con gran ahínco.

—Una vez que hayamos probado que Seagham mató a Hays, el resto caerá por su base.

—Eres demasiado optimista, Fred —dijo Roy—. Pero tal vez resulte. En todo caso, no olvides que nosotros estaremos aquí esperando vuestra llamada. Si os detienen, avisadnos inmediatamente por teléfono para poner en marcha todos los recursos legales.

Barrows se puso en pie.

—¿Cuál es la mejor manera de llegar hasta la casa de Seagham, Maisie? —preguntó.

La chica reflexionó unos momentos.

—Vive en un barrio antiguo. Podríamos utilizar la escalera de incendios…, pero sería conveniente que usáramos ropas oscuras.

—Shane me dejará unos pantalones negros y un jersey del mismo color —dijo Barrows, mirando a su cuñado—. En cuanto a ti, puedes ponerte el traje que llevabas cuando nos vimos la primera vez.

Maisie se sonrojó vivamente.

—Está bien, pero me gustaría hacerlo por última vez, Fred.

El joven sonrió.

—No te preocupes. Cuando hayamos terminado, yo me encargaré de quemarlo. Vamos, ve a vestirte. Anita te acompañará a su habitación, donde podrás hacer el cambio de ropas.

—Claro. Acompáñame, querida —dijo la hermana de Fred.

Pero meneó la cabeza cuando vio a Maisie con la malla puesta.

—¡Hum! —murmuró.

—¿Por qué dices «¡Hum!»? —quiso saber Maisie, extrañada.

Anita Poplar suspiró.

—Si yo fuese Fred, no quemaría ese traje. Estás encantadora con él —respondió, admirada de la esbeltez de líneas de la muchacha.

Maisie se sonrojó vivamente.

—Me trae a la memoria demasiadas cosas amargas —contestó—. Entre ellas, dos años y medio en una cárcel de mujeres.

—No te preocupes. Fred es un buen chico, y sabrá hacértelas olvidar. Y donde no llegue él, estaremos los demás miembros de la tribu Barrows. —Anita meneó la cabeza—. Si Fred se deja escapar esa joya, es que es más tonto de lo que creía.

—¡Cómo! —se asombró Maisie—. ¿Supones… que… Fred…?

Anita sonrió maliciosamente.

—Te estaba devorando con los ojos. El resto se adivina fácilmente, querida.

Los ojos de Maisie se humedecieron.

—No soy digna de él —contestó—. Y… aunque le aceptase, vosotros…

—Si Fred te quiere y te pide que te cases con él, tendrás que

hacerlo; los miembros de la tribu Barrows no toleran que se le de una negativa a uno de los suyos.

—Entonces…, ¿me admitiríais… junto a vosotros? —preguntó Maisie con voz temblorosa.

—¡Pues claro que sí! —contestó Anita sinceramente—. Ningún Barrows ha realizado hasta ahora una cosa indecorosa. Si Fred te ama, es que te lo mereces…, pero tú debes hacer todos los posibles para corresponderle, ¿estamos?

El labio de la muchacha tembló. Fue a decir algo, pero las palabras no le salían de la boca, y se echó a llorar, profundamente conmovida.

Anita la abrazó cariñosamente.

—Vamos, vamos, déjate ahora de tonterías, querida. Las mujeres nos ponemos muy feas cuando lloramos, y tú debes estar siempre hermosa a los ojos de Fred. ¿Le quieres? —preguntó de sopetón.

—Sí…, pero… no sé qué decir… Vosotros sois muy buenos y yo…

—No se hable más —cortó Anita—. La costumbre en la familia es ayudar incondicionalmente al que lo necesita. Ahora es Fred, y tenemos que hacerlo. No importa lo que hayas hecho antes; lo que interesa realmente es que te quiera y que le quieras. Y ahora…

Una voz masculina llegó desde abajo, con trémolos de impaciencia.

—¡Se nos está haciendo tarde! —rugió Fred.

—Anda, date prisa —dijo Anita—. Espera, no puedes ir así por la calle.

Abrió el armario y sacó un ligero impermeable, de color azul marino.

—Póntelo sobre la malla. Y cubre tus cabellos con este pañuelo negro. —La ayudó a ponerse el impermeable—. Desde luego, el pelo rubio no te va en absoluto. Tienes que estar mucho más guapa con el pelo en su estado natural, digo yo.

Descendieron a la planta baja. Barrows estaba ya vestido.

—¿Necesitarás alguna herramienta? —preguntó.

—En todo caso, el diamante de cortar vidrios y la ventosa —contestó Maisie—. La escalera de incendios permite un fácil acceso al piso de Seagham.

—Muy bien. Dame la bolsa, Anita.

Maisie eligió los dos instrumentos citados, que apartó a un lado. A continuación, Barrows entregó la bolsa a su hermano Tom.

—Aquí están los libros y el cuaderno de notas donde escribí la fórmula secreta, así como la caja de las joyas. No es necesario que te diga la importancia que poseen estos objetos.

—Descuida —contestó Tom Barrows—. Y procurad tener cuidado.

—Después os casaréis, supongo —dijo Shane Poplar con naturalidad.

Fred miró a Maisie. La muchacha se puso encarnada.

—Claro —contestó Fred, al cabo—. Al menos, tales son mis intenciones. ¿Qué contestas tú, Maisie?

Ella contempló los rostros que la rodeaban. Sonrió a través de las lágrimas.

—Ponéis todos una cara tan feroz, que me da miedo decir que no —respondió. Y las risas que sonaron la convencieron de que había dado la contestación adecuada.

Montaron en el auto y arrancaron. A los pocos metros, Fred arrimó el coche a la acera y lo detuvo.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó la muchacha.

Barrows rodeó sus hombros con los brazos y la atrajo hacia sí.

—Pedir a mi futura una pequeña muestra de su cariño —dijo. Y la besó.

Maisie quedó sorprendida en el primer momento, pero luego devolvió el beso con vehemente apasionamiento.

—¿Estás seguro de no equivocarte en la elección? —preguntó, al cabo de unos momentos, feliz y ruborosa.

—Estoy seguro de haber hallado a la mujer de mis sueños —contestó él, en tono firme.

—Pero…

Barrows la besó de nuevo.

—No me digas que eres ladrona. Ya lo sé. Y eso no me importa en absoluto. Lo que me importa es tu futuro a mi lado.

—No te arrepentirás jamás, jamás —prometió ella con cálida vehemencia.

—Eso es justamente lo que deseaba oír —dijo Barrows, a la vez que ponía de nuevo el coche en movimiento.

* * *

El agente que estaba junto a la radio, alargó el teléfono al inspector Carrigan.

—¿Sí? —dijo el policía.

—Ricci, seguido de sus acólitos, acaba de abandonar el edificio por la puerta trasera.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Al sur, inspector.

—Bien, gracias. —Carrigan devolvió el aparato al agente y miró a Sharey—. Nuestro hombre acaba de ponerse en marcha.

—Magnífico. Presiento que no pasará de esta noche sin que hayamos recuperado los libros —exclamó el federal, sumamente satisfecho.

CAPÍTULO XIII

Fred Barrows detuvo el automóvil a una distancia prudencial del edificio donde residía Seagham. Cortó el contacto y se apeó por un lado, en tanto que ella lo hacía por el otro.

Tomó el brazo de la muchacha.

—Vamos —dijo.

Caminaron cosa de un centenar de metros. De pronto, Maisie se detuvo.

—Aquí es, Fred.

El joven examinó la casa con aire especulativo. El tránsito, tanto de personas, como de vehículos, era prácticamente nulo a tales horas de la noche.

—La escalera de incendios está allí —señaló Maisie.

Entraron en el callejón lateral, esquivando cuidadosamente los cubos de la basura. Al fin, llegaron al pie de la escalera.

Maisie se disponía a levantar los brazos, para hacer bajar el último tramo, que permanecía siempre izado, cuando Barrows la detuvo con un movimiento casi instintivo.

—¿Qué ocurre, Fred? —inquirió ella.

—Seagham —contestó él—. He venido preguntándome todo el camino si fue solo el despecho lo que le impulsó a matar a Hays.

—¿Qué otra cosa podría ser? —dijo Maisie. En la oscuridad del callejón, su rostro era una mancha oval de pálida blancura.

—¿No habría algún motivo más? En todo caso, ¿por qué habría de esperar a hacerlo en casa de Ricci?

—Bien, supongo que para comprometerlo —contestó ella.

—Comprometer a Ricci —murmuró Barrows—. ¿Tenían alguna relación los dos? Me refiero a Ricci y a Seagham, naturalmente.

—Lo ignoro, Fred. En todo caso, esa relación debió trabarse

mientras yo estaba en Corona.

Barrows se pellizcó el labio inferior.

—A ti te pasa algo Fred —dijo Maisie, al observar sus vacilaciones.

—Es cierto —convino el joven—. Me pasa que… Oye, Seagham no era tipo que tocase la tecla del asesinato.

—Pero odiaba a Hays por lo que me hizo a mí —alegó ella—. Y él mismo salió muy perjudicado cuando me metieron en la cárcel. Recuerda, además, que las joyas de la señora Van Thoren estaban en la caja fuerte de Ricci.

—¿Y quién se las quitó a Hays? ¿Cómo es que Ricci las tenía en su poder?

—No lo sé, francamente —respondió Maisie.

—Así que Seagham odiaba a Hays. Pero no parece lógico que fuese a matarlo en casa del propio Ricci, a menos que tuviese poderosos motivos para comprometer a éste.

—Tal vez Seagham recuperó las joyas y se las vendió luego a Ricci. Éste se hallaba en condiciones de tratar con las compañías de seguros, para cobrar una valiosa prima por el rescate. A veces, las compañías de seguros lo hacen así; pierden dinero, desde luego, pero mucho menos que si tuviesen que pagar el total de la póliza del seguro.

—Es posible. Pero lo que no me puedo quitar de la cabeza es que Seagham matase a Hays en la propia casa de Ricci. Tenía que conocer el truco de la puerta blindada, ¿comprendes?

—Sí —murmuró ella, sumamente pensativa—. Pero si no fue él, ¿quién lo hizo, entonces? ¿Es que hemos de considerar perdidos todos los esfuerzos realizados hasta ahora? —exclamó desalentadamente.

Barrows la tomó por los hombros y la besó con suavidad.

—Seagham nos dirá todo lo que ignoramos aún —murmuró, estrechándola contra su pecho—. Vamos ahora a su piso.

Se separaron. Maisie inspiró profundamente, levantó los brazos y saltó hacia arriba, asiendo con ambas manos el extremo inferior del tramo más bajo de la escalera de incendios.

La escalera basculó con suavidad. Unos segundos después, emprendían el ascenso.

Algunas ventanas estaban iluminadas y tenían que pasar

arrastrándose, para no ser vistos por los inquilinos de la habitación. Pero al fin alcanzaron la ventana correspondiente al apartamiento del hombre a quien buscaban.

Hacía calor, y el bastidor estaba levantado, por lo que Maisie no tuvo que usar el diamante ni la ventosa. Pasó las piernas a través del alféizar y se coló en la estancia silenciosamente.

Barrows la siguió a continuación. Ella le tomó la mano para guiarle en la oscuridad.

Caminaron lentamente, procurando no tropezar con ningún mueble. Pasaron a otra habitación y entonces escucharon el sosegado rumor de la respiración de un durmiente.

—Aquí es —susurró la muchacha al oído de Barrows.

—Enciende la luz —indicó él.

Maisie obedeció. Un torrente de luz inundó la estancia.

Había un hombre durmiendo sobre una cama, en pijama, cubierto a medias con una sábana no demasiado limpia. Andy Seagham se despertó de pronto, cuando el foco de luz le hirió directamente en los ojos.

Su primera reacción fue meter la mano bajo la almohada. Pero Barrows estaba ya prevenido; antes de que pudiera completar el gesto, agarró el colchón y lo volcó al otro lado, junto con su ocupante.

Seagham quedó bajo el colchón, jurando y maldiciendo en todos los tonos. Antes de que pudiera liberarse del rollo de ropa que obstruía sus movimientos, Barrows se apoderó del revólver y retrocedió unos pasos.

—Póngase en pie, Seagham —ordenó—. Cuidado con sus gestos; le estoy apuntando con su propia pistola.

Andy obedeció. Era un hombre de unos cuarenta años, de cabellos pálidos, que ya empezaban a clarear, y ojos un tanto saltones. Miró a la pareja con rabia, pero esta expresión se trocó por otra de asombro al reconocer a la acompañante de Barrows.

—¡«Rata»! —exclamó, sin poder contenerse—. ¿Qué haces tú aquí…?

Avanzó un paso, pero Barrows le contuvo con el arma.

—Atrás, Andy —dijo secamente—. Permanezca donde está y no se mueva.

El sujeto le miró con rabia.

—¿Quién es usted? ¿Qué diablos quiere?

—Maisie se lo dirá mejor que yo —contestó el joven.

Seagham volvió sus ojos hacia la chica.

—¿Quién es este fulano que te has echado ahora? —preguntó.

—Se llama Barrows, y es profesor de química —dijo ella.

—Vaya —rió el granuja—. De modo que ahora te ha dado por la cultura. Siempre me pareciste una chica con ganas de aprender, pero no química, precisamente.

El rostro de la muchacha se demudó.

—Dejemos ahora mi pasado en paz, Andy —habló—. Lo que quiero saber es por qué mataste a Jock Hays, y cómo te enteraste de que estaba en el apartamiento de Ricci.

—¡Qué! —chilló Seagham—. ¿Que yo maté a…? ¡Pero eso es absurdo! El piso de Ricci tiene una puerta blindada y, además, la cerradura es de combinación. —Se puso ambas manos sobre el pecho—. Maisie, preciosa, tú ya sabes que no toco ninguna de esas dos teclas: ni el «apiolado» de fulanos ni el «reventar» cofres fuertes. Tendría que haber sido un especialista en esto último para haber descabalado la combinación de aquella puerta, ¿no te parece?

—Hays estaba ya en el piso, y él pudo hacerlo antes que usted —terció el joven—. Entonces, sabiendo que la puerta no tenía puesta la combinación, usted la abrió y…

—¡Tonterías! —resopló Seagham—. Si yo hubiese querido liquidar a Hays, lo habría hecho en cualquier otra parte, menos allí. Además, ni siquiera me arrimé al piso de Ricci aquella noche.

—¿Dónde estuviste? —preguntó Maisie rápidamente.

—En una fiesta…

Seagham se calló de pronto. Al cabo de un segundo, dijo:

—Tomando unas copas con unos amigos.

—Esos amigos —habló Barrows—, podrán comprobar su coartada, ¿no es cierto?

—Pues…, sí, claro que sí. ¿Por qué no iban a hacerlo?

Barrows se percató en el acto de las reticencias que se observaban en las palabras de Seagham. Ello le extrañó y, al mismo tiempo, le hizo saber que el sujeto ocultaba algo que no quería se hiciese público.

«¿Conocía al asesino?», se preguntó.

Posiblemente. En tal caso, era preciso hablarle con suma

habilidad, a fin de arrancarle la información deseada por sorpresa.

—Usted odiaba a Hays por lo que hizo a Maisie.

—Bueno, no le tenía ninguna simpatía —admitió Seagham con desparpajo—. Pero de ahí a matarle para correr el riesgo de aspirar el cianhídrico en San Quintín, hay mucha diferencia. Le tenía ganas y, lo admito, me tomé unas cuantas copas para celebrarlo, cuando leí la noticia en los periódicos. Maisie, te felicito.

—Yo no lo hice —protestó ella con violencia—. Fuiste tú, y, si no lo hiciste, conoces al asesino.

—A mí, que me registren —contestó Seagham con desparpajo.

—Hays robó las joyas de la señora Van Thoren —intervino Barrows—. Las tenía Ricci. ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que debería ser el resultado de un trato entre los dos.

—¿No cabe que usted se las quitase a Hays, y luego las vendiera a Ricci? Entonces, Hays pretendería recuperarlas, robándolas de nuevo de la caja fuerte de Ricci —sugirió el joven.

—Pero no lo hizo. La caja fue volada con explosivos. Hays no era tipo que usara la «nitro». Empleaba los «dátiles» y la oreja.

Barrows miró a la muchacha.

Maisie parecía desconcertada, aplanada. Seagham daba la sensación de ser sincero.

De pronto, Fred recordó unas palabras que el granuja había pronunciado momentos antes. Había estado en una fiesta.

Los periódicos habían mencionado a Ricci ausente en una fiesta, mientras se cometía el asesinato en su apartamiento.

Tal vez Seagham y Ricci habían coincidido en el mismo sitio. Era una posibilidad que valía la pena tenerla en cuenta.

—Andy —dijo—, usted y Ricci asistieron a la misma fiesta, ¿no es cierto?

El rostro del sujeto se demudó repentinamente. Barrows supo así que había dado en el blanco, aunque, ¿qué relación podía tener la coincidencia de los dos individuos en un mismo convite, con la muerte de Hays?

Los ojos de Maisie relampaguearon.

—Andy —habló lentamente—, ahora recuerdo lo que tú hacías en el circo, antes de que me arrastrases a la vida de ladrona. ¿Te acuerdas tú también?

El rostro de Seagham se tornó del color de la ceniza. «¿Qué ocultaba aquel hombre?», se preguntó Barrows.

Maisie continuó hablando:

—Uno de tus números favoritos era la imitación de astros de cine o de célebres personalidades, todos muy famosos y conocidos —dijo—. Te sentabas entre el público, comportándote con toda naturalidad, y, de pronto, el presentador te «descubría»…, descubriría, mejor dicho, al supuesto hombre famoso. Pedía un aplauso para ti, y te hacía salir a la pista para saludar. Luego te dejabas ver con tu cara auténtica, con lo que los aplausos se redoblaban, y, a continuación, hacías unos cuantos números más, imitando a otros tantos personajes conocidos. Tenías mucho éxito, ¿te acuerdas?

Seagham boqueaba ansiosamente, sin encontrar palabras para contestar a las declaraciones de la muchacha.

—Entonces, tú y Ricci coincidisteis en aquella fiesta —siguió Maisie implacablemente—. Tomaste su apariencia, y Ricci volvió a su apartamiento, encontró a Hays y lo acuchilló, regresando seguidamente a la casa donde se celebraba el convite. Me imagino, además, cómo hicisteis el cambiazo, a fin de que Ricci dispusiera de una coartada en todo momento.

»Debías estar esperándole en los lavabos, a una hora convenida. Ricci entró, aprovechando un momento de relativa soledad en aquel lugar. Luego saliste tú y ocupaste su puesto, mientras Ricci se deslizaba sin ser visto hacia la salida, para volar a su casa y liquidar a Hays. ¿Verdad que es así como sucedió la cosa, Andy?

La nuez de Seagham subió y bajó convulsivamente. Barrows sonrió; la muchacha había dado en el blanco.

—Vendrás con nosotros a la policía, y lo contarás todo —dijo Maisie en tono perentorio.

Seagham estaba lívido. Barrows, sonreía, satisfecho.

—¿Por qué hizo eso Ricci? —preguntó.

—No…, no lo sé —contestó el maleante—. Me… me prometió…, me pagó doscientos por desempeñar ese papel. Dijo que tenía que hacer una visita discreta y no… no quería que su falta fuese notada por los anfitriones, a fin de no parecer descortés… ¡Pero nunca creí que lo hiciese para liquidar a Hays! —exclamó lloriqueando.

Barrows miró a la muchacha.

—¿Por qué mataría Ricci a Hays?

—Yo se lo explicaré en el acto, profesor —exclamó en aquel momento una voz—. ¡Tire esa pistola inmediatamente o le abraso!

Maisie lanzó un gemido de espanto.

Seguido de sus dos compinches, todos armados de sendas pistolas, Rico Ricci acababa de hacer su entrada en el dormitorio, sorprendiéndoles a todos con su inesperada aparición.

CAPÍTULO XIV

Barrows abrió los dedos, y el revólver cayó al suelo. Era inútil intentar resistirse a tres forajidos armados.

Maisie lanzó un gemido de espanto, y se refugió en los brazos del joven. En cuanto a Seagham, retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared.

—¿Está bien cerrada la puerta de salida, Canillo? —preguntó Ricci.

—Sí, jefe.

—Bien. —Rico miró a Seagham—. Andy, lo siento, pero no tengo ganas de que repitas a nadie lo que has dicho a esta pareja tan simpática.

Apretó el gatillo dos veces, y Seagham se derrumbó al suelo en el acto.

Maisie volvió la cara y la escondió en el pecho de Barrows. Éste procuró dominar la impresión que le había causado el hecho.

—Ahora la emprenderá con nosotros, ¿no? —preguntó.

Los labios de Ricci se curvaron en una cruel sonrisa.

—Sólo con usted, «profe». La chica vendrá conmigo. Tiene que darme unos libros y unas joyas. Después…, según se comporte ella conmigo, veré lo que hago.

—Fred, no dejes que me lleve —pidió Maisie, llena de terror.

—Cálmate, mi vida —murmuró él—. Todavía estás aquí.

—Enternecedor —comentó Ricci, sonriendo cínicamente—. Lástima tener que cortar en flor una carrera tan prometedora como la suya, «profe».

—Acabará en San Quintín —dijo Barrows.

—No, se lo aseguro —contestó el «gángster»—. Pensarán que usted y Seagham se tirotearon mutuamente.

—Pero queda el asunto Hays. Usted lo liquidó. Seagham lo ha dicho.

Los ojos de Ricci se tornaron pensativos un instante.

—Quería formar parte de mi pandilla, pero en igualdad de condiciones que yo —aclaró—. Me había vendido las joyas de la Van Thoren, y amenazaba con denunciarme a la policía, si no accedía a sus pretensiones.

—¿Y…?

—Tuve que deshacerme de él, en efecto —admitió fríamente. De pronto, se echó a reír—: Le engañé. Fingí acceder a sus pretensiones, pero le exigí una prueba. Consistía en entrar en mi apartamiento, sin utilizar la llave. Le fijé una fecha… el día de la fiesta precisamente, y el muy estúpido picó en el anzuelo.

—Entonces, mientras Seagham tomaba su puesto, usted volvió al piso y le acuchilló. Luego regresó a la fiesta y recobró su lugar, mientras Seagham se esfumaba.

—Justamente.

—Pero para usted podía resultar muy comprometedor el que encontrasen el cuerpo de Hays en su propia casa —alegó el joven.

Ricci sonrió.

—La policía podía suponer que yo no sería tan tonto como para matar a un fulano en mi apartamiento. Sería un enigma para ellos, una cosa que les volvería locos durante mucho tiempo…, sin que consiguieran jamás saber quién lo habría hecho. Por supuesto, me molestarían bastante, pero la cosa no pasaría de ahí.

—Un plan diabólico, desde luego —convino el joven—. Cualquiera podía ser el asesino, menos usted. Incluso se llevó una gran alegría cuando vio que la policía acusaba a Maisie de ese crimen. Pero también un gran chasco, al encontrarse la caja vacía.

Ricci torció el gesto.

—Es lo mismo. Ella me dirá dónde esconde los libros.

—¡No, no! —gritó Maisie.

—Cálmate, por favor, querida —rogó Barrows—. Ricci, ¿quiénes eran los dos sujetos que aparecieron muertos en mi cabaña de Del Monte?

—Ah, unos extranjeros —contestó el bandido, con indiferencia —. Ellos fueron los que me propusieron el negocio de los libros…, decían que eran comerciantes, pero a mí no me la dieron. Tenían

que ser extranjeros y, además, ¿qué diablos importa eso ahora? Pagaban bien.

—Pero los mató.

—Querían engañarme, sin haberme pagado toda la suma convenida. Tienen unos jefes; ya aparecerán a recobrar los libros. Y pagarán mucho, se lo aseguro. Bueno, «Rata», suelta al «profe», que nos vamos.

La puerta de la estancia se abrió de pronto.

—Ricci —dijo el inspector Carrigan, quien llegaba, seguido de Sharey y de algunos agentes con uniforme—, tú no irás a otra parte que a la cámara de gas. Hemos oído todo lo que has dicho, así que, tira esa pistola…

Barrows intuyó lo que iba a suceder. Agarró a Maisie por los hombros, y se arrojó al suelo con ella.

En el mismo momento, Ricci lanzó una exclamación de rabia, al verse atrapado. Se volvió velozmente, apuntando con el arma al inspector.

—Tirad contra ellos, muchachos —ordenó a sus compinches.

Carrigan fue más rápido. Apretó el gatillo dos veces.

Ricci pegó un tremendo salto y cayó al suelo, con el rostro destrozado por los proyectiles. Sangani quiso disparar también, pero el federal le metió tres balazos en el vientre, a otros tantos pasos de distancia. El asesino se desplomó hecho un ovillo.

Canillo arrojó su pistola y alzó los brazos a lo alto.

—¡No tiren! —gimió, lleno de pánico—. ¡Hablaré! ¡Contaré todo lo que sé!

Carrigan sonrió, satisfecho.

—Te conviene, hijito, te conviene, si quieres salvar la nariz del mal olor del cianhídrico.

Dos agentes entraron y se llevaron a Canillo. Barrows se puso en pie, y ayudó a incorporarse a la muchacha.

—Tenemos los libros. Pero ella es inocente de los asesinatos.

—Lo sabemos —contestó sobriamente el inspector—. Salgan fuera, por favor.

Abandonaron la habitación, mientras unos agentes se ocupaban de los cadáveres.

—Hemos oído lo que dijo Ricci —habló Carrigan—. Además, tenemos las balas encontradas en los cuerpos que se carbonizaron

en su cabaña. Seguramente, corresponderán a las pistolas de esos granujas.

—Entonces, me la puedo llevar a casa —dijo Barrows, con el brazo en torno a la cintura de Maisie.

Carrigan sonrió maliciosamente.

—Claro que sí. Faltan todavía algunos trámites, pero ya los iremos haciendo sin prisas. Maisie, ¿sigues odiándonos a los policías?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Aquello ya pasó —contestó Barrows por la muchacha.

—Mejor para todos —dijo Carrigan.

—¿Qué hay de los libros? —preguntó Sharey, impaciente.

—Venga con nosotros a casa —contestó el joven—. Pero le advierto que ya he encontrado la fórmula.

Los ojos de Sharey se dilataron.

—¿Es verdad eso? —exclamó, atónito.

—Y, además, me parece que hay algunos errores —añadió Barrows en tono doctoral—. Tengo motivos para saberlo, puesto que, precisamente, y aunque de una forma independiente, estaba trabajando en algo muy parecido.

—Quizá el Gobierno quiera emplearle a usted para esas investigaciones —apuntó el federal.

—Si no le pagan un buen sueldo, no aceptará —dijo Maisie con vehemencia.

—¡Chica! —exclamó el inspector—. ¡Qué avariciosa te has vuelto!

—Defiende los intereses de la familia —rió el joven, sumamente satisfecho—. ¿No es cierto, Maisie?

Ella le dirigió una mirada llena de cariño. Carrigan se echó hacia atrás su viejo sombrero, y empezó a llenar la pipa con aire filosófico.

—Tengo la impresión de que muchas señoras ricas, con joyas, van a dormir a partir de ahora con toda tranquilidad.

En aquel momento, salió uno de los agentes y exclamó:

—¡Inspector, Andy Seagham vive todavía!

—¡Pronto! ¡Avise que venga una ambulancia con un médico! —ordenó Carrigan. Se volvió hacia la pareja, un segundo antes de entrar en la estancia contigua—. Entre Seagham y Canillo

terminarán de contarnos todo lo que falta.

—Seagham confirmará que fue él quien sustituyó a Ricci en la fiesta —dijo Barrows.

—Así lo espero —contestó el inspector—. Ande, Sharey; vaya con esta pareja y recobre los cuadernos. —Guiñó un ojo a la chica —. ¡Y felicidades, Maisie!

Epílogo

El día de su boda, mientras Maisie terminaba de vestirse, una persona solicitó entrevistarse con ella.

—Que entre aquí mismo —dispuso Anita Poplar. Junto con las esposas de sus hermanos, estaba ayudando a la joven a ponerse el traje blanco—. Cúbrete con una bata.

Maisie lo hizo así. Momentos después, un hombre de aspecto serio y circunspecto entraba en la habitación.

—Felicidades por este dichoso acontecimiento, señorita Jean —dijo—. Soy Norman Callaghan, y represento a la compañía que tenía aseguradas las joyas de la señora Van Thoren. Como la compañía estima que han sido recuperadas gracias a su intervención, me han enviado para hacerle a usted entrega de la suma que tenía ofrecida como recompensa.

Y alargó a Maisie un rectángulo de papel azulado.

—Dios mío —murmuró la muchacha, al leer la cifra escrita en el cheque—. Es demasiado. Yo no puedo…

Anita leía por encima de su hombro.

—Dieciséis mil dólares —silbó, admirada. Y luego, con gran vehemencia, exclamó—: ¡Claro que puedes! Señor Callaghan, la futura señora Barrows acepta esta suma y les da las más rendidas gracias.

—A usted, señorita Jean —saludó el agente de seguros cortésmente. Movió la cabeza varias veces en dirección a las otras mujeres y se marchó.

Maisie contempló el cheque durante unos segundos. De pronto, dijo:

—Ya sé en qué vamos a emplear este dinero. Reconstruiremos la cabaña de Del Monte y la haremos aún más grande, para que podáis venir vosotras y vuestros maridos, cuando tengáis ganas de pasar una temporada con Fred y conmigo.

—Es una buena idea —aprobó Anita—. Pero date prisa o llegaremos tarde a la iglesia.

La boda fue todo un acontecimiento. Barrows encontró a Maisie más hermosa que nunca con su traje de novia. Realmente, la joven estaba bellísima y atrajo la atención como pocas veces se había visto.

La salida de la iglesia fue un verdadero tumulto. Los tres matrimonios, con sus hijos, y los innumerables amigos del clan Barrows, formaban una algarabía espantosa. Por fin, Fred y Maisie consiguieron llegar hasta el coche.

Antes de partir, Fred se inclinó hacia la muchacha.

—Al fin lo has conseguido.

—¿Qué, cariño? —preguntó ella, mirándole profundamente.

—El traje blanco por el que siempre suspiraste.

—Es verdad —sonrió, inmensamente dichosa.

—Ahora sólo falta esperar a los ratoncitos.

—¿Ratoncitos? —exclamó Maisie, extrañada.

—Sí. Una rata de hotel…, una rata de laboratorio…, a la fuerza han de tener muchos ratoncitos.

—Oh —exclamó ella, ruborizándose intensamente.

El coche arrancó, en medio de los gritos de todos los asistentes a la ceremonia. Arrastraba una porción de latas vacías y en la zaga se veía el clásico cartel:

«RECIEN CASADOS»

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.